



**CHRISTIAN  
MARTINS**

**¡A TUS  
ÓRDENES!** **D.J.57**

# **¡A TUS ÓRDENES!**

**CHRISTIAN MARTINS**

**EDICIÓN NOVIEMBRE 2018**

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.**

**COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS**

Para que el viaje merezca la pena,  
hay que tropezar con la piedra correcta.

Para mis chicas Martins y mis terribles pesadillas, Ana y Vane.

Espero que disfrutéis con la última historia de estas tres amigas.

¡Gracias y mil gracias!

¡Os quiero!

# 1

Hoy, más que nunca, soy consciente de todos los defectos que tengo. Hasta hacía muy poco consideraba que mi vida era casi perfecta. Y digo “casi”, por no decir que era perfecta del todo — sonaría demasiado mal — . Pero desde hace algún tiempo todo ha ido cuesta abajo y sin frenos, y todavía no he descubierto cómo parar esa enorme bola que no para de crecer y que amenaza con llevarme por delante.

Dexter era mi perfecto novio. Sí, el verbo en pasado, porque desde hace más de un año, no lo es. Me ha costado aceptarlo, pero sospecho que él era mi pilar y mi seguridad. Me veía guapa y había dejado de acomplejarme con mis kilos de más porque él — era un bombón, tengo que admitirlo por mucho que le odie en la actualidad — , estaba conmigo y me quería tal y como era. O eso pensaba hasta que me dejó por otra más guapa — y más delgada — que yo. En definitiva, no sólo destruyó el cuento de hadas que había formado en base a nuestra relación, sino que además, me dejó hundida y sintiéndome una auténtica basura.

Unos meses después de que me dejara adelgacé muchísimo. No hice ninguna dieta ni nada parecido, pero estaba tan deprimida que mi estómago no admitía ningún alimento. Lo malo fue que, cuando empecé a comer, sufrí un efecto rebote de lo más horrible y ya he recuperado casi todo lo que perdí. Ahora, mis defectos han salido a la luz con más fuerza que nunca. Soy fea, estoy gorda, no considero que tenga ningún tipo de atractivo y creo que soy demasiado inocente. Lo de inocente lo digo porque durante muchísimos años creí que Dexter era perfecto, que yo era perfecta y que nuestra historia de amor era real. Consideraba que afrontábamos las cosas como dos adultos y que respetábamos nuestras opiniones más allá del egoísmo propio. No

discutíamos nunca. Y ahora creo que, quizás, esa forma de enfocar las cosas fue lo que llevó mi relación con Dexter al fracaso.

Aunque he aprendido a ponerme una careta y a sonreír con la mejor de mis sonrisas, hoy me siento más triste que nunca. No debería estarlo, porque las bodas son para divertirse y estar feliz — más aún si es la boda de tu mejor amiga —, pero no puedo evitar sentirme desdichada y un poco desgraciada. Hace algún tiempo, veía todo tan perfecto que me creía en derecho de aconsejar a Lindsay — la novia — en todos sus problemas, basándome siempre en mi propia vida y en su perfección. Menos mal que mi loca amiga no me hizo demasiado caso, porque estoy segura de que si no, hoy no estaría donde está y con quien está. Estoy viendo a Cora — mi otra mejor amiga — bailando al fondo de la pista, envuelta en los brazos del hombre al que lleva persiguiendo toda su vida. Tanto Lindsay como Cora son dos mujeres independientes que han construido todo sin la obligación de tener a nadie a su lado, así que empiezo a pensar que mi problema siempre fue la necesidad de precisar la aprobación de Dexter en cada paso que daba en la vida.

Ahora me siento libre, sí. Pero a su vez, engañada y destrozada.

Supongo que esta es la parte mala de las bodas; que siempre le recuerdan a uno lo que no tiene o lo que ha dejado de tener.

— ¡Charlize! — grita Jack, sentándose a mi lado.

Jack Ackerman es el jefe de mi empresa, el novio de esta fiesta y el recién nombrado marido de mi amiga Lindsay.

— ¡Ah, Jack! — exclamo, ensanchando una enorme sonrisa.

— ¿Estás bien? — inquiera con las mejillas sonrojadas.

Desde que se han dado el “sí, quiero” los novios no han dejado de bailar y beber, así que el pobre parece estar muy acalorado en el interior de ese carísimo traje de etiqueta.

— Claro — aseguro, encogiéndome de hombros.

— ¿Y por qué eres la única invitada de la fiesta que aún está sentada?

Repito el gesto, analizando mi alrededor.

En realidad, tiene razón. Todos están bailando y disfrutando del día. Incluso Tom “el guapo”, mi compañero de la oficina, ha encontrado una pareja con la que salir a la pista. Me pregunto quién diablos será esa chica con la que está bailando.

— Sé que no es el momento más oportuno, Charlize, pero quería comentarte que tenemos una nueva campaña de publicidad en marcha... — me dice, sonriente, mientras coge aire con dificultad —, y he pensado que será perfecta para ti.

— ¿Para mí? — repito como una tonta.

— ¡Ahora eres la jefa! — me avisa, soltando una risotada.

De pronto, recuerdo que Lindsay y Jack se encargaron de reubicar el personal de la oficina y que ahora soy casi “la manda más” de la unidad. Despidieron a mi antiguo jefe, el capullo de Stew, y pusieron a la arpía de Sherlyn, una de mis peores enemigas laborales, a hacer fotocopias para mí. Ahora yo mando sobre todos los presentes y eso me concede muchas ventajas, pero también demasiada responsabilidad sobre la empresa.

— Es verdad, es verdad... — murmuro, golpeándome la frente con la palma de la mano — . ¿Y qué es lo que tengo que hacer?

De pronto, la música cambia y una canción marchosa empieza a sonar de fondo. Veo cómo Lindsay se acerca con paso apresurado y una sonrisa de oreja a oreja hacia nosotros.

— Tendrás que viajar a España — me dice, sonriente —, para buscar las localizaciones de la campaña publicitaria. Lo harás bien, ya verás...

“¿A España?”, pienso. ¿Qué diablos se me ha perdido a mí en España?

— ¡Oye! — grita Lindsay, plantándose frente a nosotros —, me la llevo conmigo. ¡Es hora de que los ángeles de Charlie se diviertan! — añade, guiñándome un ojo y dirigiéndose a su marido.

Jack se ríe con esa risa tonta y absurda que tienen los hombres cuando están enamorados y yo no puedo hacer otra cosa que alegrarme por mi amiga. Lindsay tira de mí y ambas nos dirigimos a la pista para secuestrar a Cora, nuestro tercer ángel. La broma de “los ángeles de Charlie” viene porque

Lindsay es morena, yo soy rubia y Cora es nuestra despampanante pelirroja. Nos hacemos llamar así desde que nos conocemos y nuestro vínculo siempre ha sido más fuerte que, incluso, el de unas hermanas de sangre.

La raptamos y la apartamos de los brazos de Héctor, su novio. Bueno, en realidad, acaban de empezar a salir juntos y de hacer las paces, así que no sé muy bien si es apropiado llamarlo “novio”... Cora y él han tenido una relación complicada, así que quién sabe cómo acabará todo entre ellos dos...

— ¡Vamos, chicas! — grita Lindsay, radiante de felicidad.

Nosotras nos reímos, contagiadas por la dicha que desprende nuestra amiga. Bailamos sin vergüenza, moviéndonos al son de la música y despeinándonos al momento. Veo a Tom “el guapo” al fondo, aún con la misma chica con la que le he visto antes, y una especie de calambre — que sé muy bien que es provocado por los celos — recorre mis piernas. Tom es tan guapo que es inevitable pasarle por alto. Aunque, claro, sé muy bien qué tipo de hombre me conviene ahora que mi relación con Dexter ha fracasado. Tom, desde luego, no. Otro guaperas que parece comprensivo y adorable no es el chico con el que mejor me iría, porque tarde o temprano se daría cuenta de que no estoy a su altura y terminaría buscándose otra chica mejor que yo. Tom, en definitiva, es igual que Dexter. Una cara bonita que no tiene mucho más que aportar.

— ¡Venga! — grita Lindsay, tirando de mí para que no deje de bailar.

Mi cabeza viaja muy lejos de la pista de baile mientras la música sigue sonando de fondo. Por primera vez, soy realmente consciente de lo que me ha propuesto Jack y de lo que conlleva. Viajar a España es una oportunidad que no debería dejar de escapar. No sólo para crecer en el mundo laboral, sino una muy buena vía de escape para dejar atrás a Dexter y a todo lo que ha implicado mi ruptura con él. No sería empezar de cero, pero sí desconectar y cambiar de aires.

Cora, sonriente, me coge de la cintura y me obliga a descender hasta el suelo con ella, moviendo las caderas de forma sensual. Las tres saltamos en un ataque de risa tan fuerte, que casi no puedo ni respirar. Y en ese instante, mi mirada tropieza con la de Tom “el guapo” y me parece ver cómo me guiña un ojo.

“No seas tonta”, me digo a mí misma. Sé que Tom es inalcanzable — dejando de lado lo poco que me conviene — .

Terminamos de bailar y nos acercamos a la barra. Héctor reclama a Cora y el novio exige otro baile con su esposa, así que decido que no tengo otra cosa mejor que hacer que ingerir un chupito de tequila detrás de otro hasta que todo da vueltas a mi alrededor y el mundo parece un poquito mejor de lo que era antes.

— ¿Me invitas a uno?

Me giro y le veo. Tom ha venido a hablar conmigo. Como estoy un poco borracha, me río tontamente.

— Hay barra libre... es gratis — balbuceo costosamente, señalando al camarero.

Tom “el guapo” se sienta a mi lado, también riéndose.

— ¡Pues otra ronda de chupitos, por favor! — grita.

Me fijo en él y sí, lo confirmo.

Es asquerosamente guapo.

## 2

En las bodas uno siempre llora y suele emborracharse.

Para no variar, yo no resulté ser la excepción e hice ambas cosas.

Amanezco sobre las doce del mediodía porque la fuerte luz que penetra no permite que mis párpados continúen cerrados. Si no fuera por ella, supongo que seguiría dormitando durante veinticuatro horas más.

Me tomo una aspirina para la resaca, me lavo la cara y regreso a la cama para ir capitulando todas las escenas que tuvieron lugar la noche anterior.

— Ay... — murmuro, con un leve cosquilleo recorriendo mi estómago.

Cuando cierro los ojos, puedo ver la escenita que tuvo lugar en el lavabo de mujeres a la perfección. Los labios de Tom recorriendo mi cuello, sus manos suaves levantándome la falda antes de hacerme gritar como una loca. Me ruborizo con tal sólo volver a recrear el acto hasta que, de pronto, comprendo que nada de eso sucedió. Lo he soñado, claro. Mi subconsciente llegó a la habitación demasiado alterado después de los chupitos de que me tomé junto a Tom en la barra del bar. Aún recuerdo su aliento, su rostro muy cerca de mí y su mano posada con naturalidad sobre mi brazo. Pero nada más. El resto ha sido producto de mi desvariante imaginación. Lo peor de todo es que parece tan real... Puedo sentir el frío de la baldosa bajo mis nalgas cuando, de pronto, me apoyó sobre el lavabo para ponerse frente a mí. Mis piernas temblorosas abiertas, dispuestas a recibirle y el riesgo de que, en cualquier momento, alguien podía entrar y encontrarnos allí, desnudos. He soñado con una situación que ni siquiera podría haberle propuesto a Dexter en nuestros mejores años del noviazgo.

— ¿Flirteamos? — me pregunto a mí misma en voz alta, dejándome caer sobre el cómodo almohadón de la cama.

Está todo tan borroso, que no sé qué pensar.

Fuera como fuere, era una boda y ambos habíamos bebido más de la cuenta, así que la conversación tan informal estaba más que justificada.

Reviso mi reloj de la mesilla de noche. Para estas horas de la tarde, Lindsay y Jack ya deben de estar rumbo a su impresionante viaje de luna de miel. Si no recuerdo mal, se marchaban a descubrir el exotismo de Cartagena de Indias y pasarían allí una larga y romántica quincena. Cojo mi teléfono móvil, perezosa, y me hago un ovillo dentro de las sábanas para repasar su contenido. Tengo varios emails de trabajo, pero nada importante que precise una respuesta inmediata. Justo cuando estoy a punto de bloquear la pantalla, el dispositivo se actualiza y me entra un nuevo email a la bandeja de entrada. Es de Jack Ackerman, que se ha molestado en escribirme de camino al aeropuerto para detallarme el asunto del viaje a España. Mi avión despegará mañana y debo elegir dos ayudantes con los que realizar el viaje. Me explica que alguien de su confianza nos estará esperando en el aeropuerto de Madrid y que, una vez allí, comenzaremos a repasar los escenarios de interés que ha señalado el consejo de la empresa. Suena un auténtico horror, sí. Pero... ¿Acaso tengo algo mejor que hacer? Pues no. Antes de despedirse, Jack me dice que no me ha llamado porque supondría que estaría durmiendo y añade que una vez aterricen en Colombia, Lindsay me llamará y me terminará de explicar todos los demás detalles.

Le contesto que no es necesario, que disfruten de su viaje de bodas y que se olviden de mí y del trabajo. “Es una orden”, escribo, antes de despedirme.

Después, cierro los ojos y pienso en el viaje a España.

Dos ayudantes. Evidentemente, uno de esos puestos se lo ofreceré a Tom. El segundo... Tendré que pensarlo.

Me resulta tan excitante pensar que estaré en un avión con Tom... y que ambos dormiremos muy cerca encerrados en un mismo hotel. Desayunar, comer y cenar juntos, unas copas después del trabajo, un poco de turismo después de ver los escenarios de rodaje... La verdad es que no puedo negarlo, suena realmente bien. Eso sí, como jefa suya y mujer escarmentada que soy, no permitiré caer en la tentación. En cierto modo, Tom me recuerda bastante a Dexter.

— Por eso no debería pedirle que me acompañe... — tarareo con una sonrisa tonta en la cara.

No debería, no.

Pero voy a pedírselo.

Y quizás sea esa la verdadera y estúpida razón por la que este viaje me empieza a interesar tanto.

### 3

Un par de horas después, tras una larga ducha y un pase por el taller de chapa y pintura, decido que va siendo hora de salir de la cueva y de tomar un café para espabilar. Desciendo las escaleras sin ser muy consciente de que la mitad de los invitados de la boda de Lindsay y Jack aún están presentes en el hotel hasta que me voy tropezando con un sinfín de rostros que se me hacen sospechosamente familiares.

Cora y Héctor están en el rellano. Cuando me acerco a saludarles, soy consciente de que no están manteniendo una conversación amigable y decido retirarme sigilosamente antes de que me vean. Escucho que Héctor le grita algo de la confianza y después le pregunta que a ver por qué un hombre le ofrece... ¿salchichas? Sí, salchichas, por mensajes de texto. Creo que no quiero — ni necesito — saber más al respecto, y aprieto el paso hasta sentarme en una de las elegantísimas mesas del restaurante del hotel. Cuando tomo asiento, desvío la mirada en dirección a mi amiga y no puedo evitar sentirme una mala persona. La discusión entre ellos parece calentarse más y más por momentos, y temo que la escena no vaya a terminar precisamente bien. Sé que Cora siempre ha estado locamente enamorada de ese chico, pero la verdad es que no creo que el amor sirva para sacar adelante cualquier relación. Primero, creo que él, Héctor, no la quiere tanto como ella le quiere. Segundo, no son compatibles. Es más que evidente. Llevaban sin verse muchísimos años y en una semana que han pasado juntos han sufrido más altibajos de los que tuvimos Dexter y yo en toda nuestra relación.

Suspiro hondo, recordándome que mi relación con el cabronazo de Dexter no puede servir a modo de precedente y que debería apoyar a Cora si eso es lo que ella precisa en estos momentos.

— ¿Café? — inquiera el camarero, acercándose a mí con una libreta.

— Con leche y azúcar, por favor — señalo — , y una tostada con mermelada de frambuesa.

El hombre asiente con educación, toma nota y desaparece de mi vista. Me sorprende al comprobar lo educados y elegantes que son todos los empleados del hotel. Es increíble el nivel de vida que, de la noche a la mañana, Lindsay se puede permitir. Increíble.

— ¿Charlize? — inquiera Cora, tras de mí — , buenos días, dormilona.

Al darme la vuelta, esperaba encontrarla sola y llorando a moco tendido. Pero no, me equivocaba. Está con Héctor y ambos me saludan con una sonrisa, cogidos de la mano.

¿Quién diablos puede ser capaz de entender a estos dos?

Se sientan frente a mí y piden otros dos cafés.

Durante un rato, los tres hablamos de la boda, de lo radiante que estaba Lindsay, de que Jack es un auténtico encanto, de que la comida estaba buenísima y de que la orquesta fue maravillosa. Me percaté de que Héctor y Cora no dejan de darse besos y hacerse arrumacos ni un solo segundo y me pregunto si serán conscientes de lo incómodo que resulta para los demás que sean tan, tan, tan empalagosos.

— Oye... ¿Hasta qué hora tenemos reservada la habitación? — ronronea Cora en la oreja de Héctor.

— ¡Vale, vale, vale! — grito, asustada — . Creo que estoy escuchando demasiado — les reprocho con el ceño fruncido, bromeando — , marcharos ya o llamo a seguridad.

Los dos tortolitos saltan en carcajadas y, aún sin soltarse el uno al otro, se levantan de sus sillas y desaparecen del restaurante entre sonrisitas nerviosas. Soy incapaz de reprimir una carcajada cuando veo a Héctor, justo antes de desaparecer de mi vista, apretarle juguetonamente una nalga a Cora.

“Y pensar que hace menos de treinta minutos creía que terminarían matándose...”, pienso, sonriente, pensando que sus vecinos de habitación han tenido que pasar una noche muy tortuosa escuchando los gritos de mi amiga.

Me bebo el café de un trago tras revisar el reloj.

Ya va siendo hora de que recoja mis pertenencias y regrese a mi casa para

hacer las maletas. Además, aún tengo que encontrar a esos dos ayudantes que me acompañen. Y el tiempo no está a mi favor.

Decido que lo mejor será que vaya llamando a Tom para avisarle.

“Pero, ¿tengo claro que quiero que sea Tom quién me acompañe?”. Quizás debería de pedírselo a otra persona que me afecte menos. Es decir, a otra cualquiera con la que no tenga sueños eróticos por las noches.

Pero mientras mi cabeza piensa en ello, mi mano ya ha sacado el teléfono del bolso y está marcando su número. Creo que después de esto tendré que considerarme tan masoquista como Cora — o peor — . Voy tan absorta en mis pensamientos que, sin darme cuenta, me doy de bruces con la persona que caminaba frente a mí, cayéndome al suelo. Su risa nerviosa me hace comprender, al instante, que no es una persona cualquiera. Mi teléfono móvil sale despedido en mitad de la llamada y el teléfono móvil de él comienza a sonar con un timbrazo clásico.

— ¿Me estás llamando, jefa? — inquiera, mientras me tiende una mano.

Acepto la ayuda y, abochornada, me levanto del suelo con la mayor dignidad posible. Desde luego, no consigo mantener la compostura el tiempo suficiente como para parecer una jefa de verdad.

— En realidad, sí... — murmuro, buscando mi teléfono por el suelo.

Tom lo encuentra antes que yo y lo recoge para entregármelo.

Me apresuro a cortar la llamada para detener los timbrazos y poder continuar en paz con la explicación.

¿Por qué estoy tan nerviosa?

— Estoy buscando dos ayudantes para que me acompañen en busca de localizaciones y escenarios. A España — especifico, hablando con demasiada rapidez — . El problema es que es muy repentino... Nuestro avión sale mañana.

— ¿A España? — repite Tom, escrutándome de hito a hito con la mirada.

No puedo evitar ruborizarme al comprobar cómo me mira de arriba abajo.

— Sí, sé que es repentino pero es una oportunidad muy buena para ascender en la empresa — aseguro, aunque en realidad la oportunidad tan sólo es para

mí. Con este viaje pretendo demostrarle a Jack que ha hecho bien depositando su confianza en mí y poniéndome al mando de la oficina — . Será para la grabación de una de las campañas más importantes del año.

— ¿Y saldríamos mañana? — inquiera, un tanto confuso.

Asiento en silencio, sin poder apartar la vista de sus ojos verdosos. Su pelo castaño, casi rubio. Tom es alto, musculoso y con una de esas caras atractivas que tienen los hombres que salen en las revistas y en las películas de Hollywood. Es tan perfecto que a veces tengo la sensación de que todas las mujeres de la oficina se pasan el día observándole en vez de estar trabajando. De ahí proviene el apodo con el que las féminas de la empresa le han bautizado; Tom “el guapo”.

— Está bien — asegura, con una sonrisa de oreja a oreja — . ¿Y quién es el segundo ayudante? — se aventura en voz baja, con timidez.

Es evidente que no quiere meterse en asuntos que no le conciernen.

— En realidad, aún no lo he decidido.

Tom hace un gesto afirmativo con la cabeza.

— Entonces, ¿nos vemos mañana?

— En la oficina — señalo — , el chófer del señor Ackerman se encargará de llevarnos al aeropuerto.

— ¿Cuánto tiempo estaremos fuera?

Pregunta importante, claro.

— No está claro... Todo depende de lo que tardemos en fotografiar y examinar las zonas.

El repite el anterior gesto y asiente.

Nos quedamos en silencio un instante que se me torna eterno. Estar con Tom a solas siempre resulta incómodo, pero tentador. Sonrío forzosamente a modo de saludo.

— Te veo mañana, entonces.

Me preparo para dejarle atrás y pasar de largo cuando él me detiene,

colocando su mano sobre la piel desnuda de mi brazo. El contacto me resulta tan impactante que casi siento que me ha electrocutado.

— Jefa... — murmura en voz baja con timidez.

Un cosquilleo recorre mi estómago.

“¡Ay, Tom!”, suspira mi consciente, recordando con detalle el morboso sueño que he vivido junto a él esa noche. Sus besos calientes y pasionales, el lavabo en silencio con el único sonido de nuestras roncas respiraciones. Sus manos frías sobre mi piel, la baldosa del lavabo sobre mis nalgas mientras él me separaba las piernas con lujuria. Sus manos nerviosas recorriendo mis pechos. La excitación haciéndonos presos de nuestros instintos más salvajes y animales... El calor asciende por mis entrañas mientras él me mira y yo le miro.

Sus labios se entreabren ligeramente, invitándome a besarle. El morbo del momento es tal que siento que no puedo controlar mis impulsos. Necesito que sea él quien dé el primer paso. Que sea Tom quien me bese y me empuje contra la pared. ¡Dios! Puedo imaginármelo. Estoy deseando que ocurra. Que tire de mi coleta hasta deshacerla, que introduzca sus traviesas manos por debajo de mi blusa y que libere mis pechos del sujetador. Que me vuelva loca, que me pida en un susurro que nos vayamos a la habitación...

— ¿Te parecería muy inadecuado...? — comienza, tartamudeando con nerviosismo.

“Hazlo, Tom. Pregúntamelo”, pienso, mordiéndome el labio salvajemente para intentar controlarme.

Su mano aún está sobre mi brazo.

— Esto..., sí yo... ¿si fuera yo quién escogiera al segundo ayudante?  
— concluye, pegándole un manotazo a mi desvariante imaginación.

Necesito un par de segundos para regresar a la realidad.

Sacudo la cabeza, intentando despejarme y aparentar normalidad.

— No, claro... — aseguro, aún con las piernas temblorosas — , encárgate tú, claro...

Tom sonrío.

— Gracias, jefa.

Sintiéndome una estúpida, arrastro un pie detrás de otro hasta llegar a mi habitación, sin molestarme en mirar atrás.

— ¿Pero qué pasa contigo, Charlize? — me recrimino en voz alta antes de dejarme caer sobre la cama.

Aún siento las mariposas cosquilleándome el estómago.

— No me interesa Tom — susurro para mí misma — . Por muy guapo que sea, no es bueno para mí. Además, trabaja conmigo. Y las relaciones entre empleados están prohibidas. Y...

Dios.

Hundo el rostro en la almohada intentando calmarme.

Sintiéndome como una auténtica estúpida, recojo mis escasas pertenencias del baño y de la mesilla, me cuelgo el bolso al hombro y decido que ha llegado la hora de regresar a casa y pensar con la cabeza fría. Creo que esta boda y este hotel me están haciendo perder la cabeza.

## 4

Repaso por encima mi piso, ordenando las cosas que el día anterior dejé fuera de su lugar y limpiando superficialmente el polvo que hay sobre los muebles. Cuando considero que he dejado todo bien preparado y que me puedo marchar tranquila de viaje, me dejo caer sobre el sofá y enciendo el televisor. Supongo que Cora no se habrá enterado de que ni Lindsay ni yo estaremos en Manhattan las próximas semanas, así que le mando un mensaje de texto poniéndola al día de las novedades. La última semana de nuestra amiga ha sido un verdadero desastre, aunque espero que la situación esté más calmada ahora que ha hecho las paces con Héctor García.

“Tranquila, estaré bien”, me responde inmediatamente. Le respondo con un emoticono sonriente mientras algo en mi interior me dice que me encontraré a esos dos lanzándose cuchillos y odiándose en cuanto vuelva a poner un pie en la isla.

“Ay, Cora, Cora...”, pienso, mientras bajo y subo canales en busca de un programa que me mantenga entretenida y despeje mi mente. Mi amiga no tiene remedio.

Ya tengo hechas las maletas.

Viajaré con una maleta pequeña y otra que tendré que facturar, como siempre. En uno de mis primeros viajes con Dexter, con destino a Punta Cana, la aerolínea perdió nuestras maletas y nos vimos obligados a comprar un buen surtido de bañadores y cremas de sol. Por suerte, la compañía pagó esos gastos tras varias reclamaciones y semanas de espera, aunque las maletas jamás volvieron a aparecer. Desde entonces, siempre llevo una pequeña maleta de “imprescindibles” conmigo. “Chica precavida vale por dos”, me digo a mí misma. También he escogido la ropa que llevaré para el

viaje. Unos pantalones cómodos, una blusa ancha y deportivas. Odio estar incómoda, más aún soportarlo durante tantísimas horas de vuelo.

Me repito a mí misma que he hecho bien en delegar en Tom la responsabilidad de encontrar otro acompañante más para este viaje. Por una parte, sentirá que confío en él y, por otro lado, he podido desconectar y olvidarme un poco del asunto cuando he regresado a casa.

Me apresuro a poner una alarma de despertador en mi teléfono móvil cuando siento que poco a poco voy cediendo al sueño. Tengo que admitir que desde hace un tiempo — mejor dicho, desde que Dexter se marchó —, me quedo dormida en el sofá hasta que, en plena madrugada, me desvelo y decido trasladarme a la cama. Es una de esas malas costumbres que uno adquiere y de la que después no consigue desprenderse por muchos esfuerzos que haga.

Bajo el volumen de la televisión, apago la lámpara de pie que atenúa la luminiscencia del ambiente y me permito relajarme en el sofá, hasta que, tal y como preveía, Morfeo termina estrechándome entre sus brazos.

Me sobresaltada el sonido del timbre y los golpes secos de alguien aporreando mi puerta sobre las dos de la madrugada. Tardo unos instantes en espabilar lo suficiente como para comprender que hay alguien en el rellano del edificio, esperando a que abra.

“¿Quién demonios puede querer algo a las dos de la madrugada?”. Pienso que, quizás, sea la vecina de abajo. Hace algunos meses tuvo problemas de humedades en el techo de su casa y la mujer no paró de acosarme, culpándome de sus problemas, durante varias semanas. Creo que es la única persona capaz de molestar a un vecino a estas altas horas de la madrugada.

Me golpeo la pierna contra la mesita auxiliar y no puedo reprimir un gruñido de fastidio. Me arrastro, aún intentando adaptar mi vista a la penumbra, hasta llegar a la puerta. De puntillas, miro el exterior a través de la mirilla de la puerta y mi corazón se acelera hasta un ritmo vertiginoso cuando compruebo quién es mi visitante.

— ¿Tom? — murmuro, extrañada, quitando el cerrojo para abrir.

Puede que se haya puesto enfermo y venga a avisarme de que no vendrá al viaje. Aunque tampoco tiene sentido porque, en cuyo caso, llamaría por teléfono... ¿No?

— ¿Qué haces a...? — comienzo, pero me quedo muda nada más ver su rostro nervioso.

— No lo sé — admite con cierta confusión — , necesitaba hablar contigo.

Trago saliva y, sin ser consciente de ello, contengo la respiración.

— Pasa dentro — susurro en voz baja, esperando no despertar al resto de los vecinos.

Tom obedece y entra, frotándose las manos con una preocupante inquietud. Me doy cuenta de que el sofá está hecho un desastre y que es más que evidente que me he quedado dormida en él. La manta y los cojines colocados a modo de almohada me delatan.

— Siéntate — le indico, señalando el sofá con cierta vergüenza — , ¿te encuentras bien?

Él, aún en silencio, asiente.

La verdad es que debo admitir que conozco muy poco a Tom.

Durante estos años, todos — o más bien, todas — , nos hemos fijado en lo guapo y atractivo que era, pero jamás he escuchado ningún comentario sobre su vida privada. Y también debo de admitir que su personalidad es casi un secreto para mí. Día tras día, semana tras semana y año tras año me he relacionado con él en la oficina sin descubrir ninguna cualidad que le identifique. ¿Es gracioso? ¿Es seco? ¿Es tímido? ¿Es alegre? ¿Le gusta el beisbol? No tengo ni una sola respuesta a esas preguntas.

— Sí, bueno... — murmura en voz baja — , sí.

Frunzo el ceño sin comprender muy bien qué es lo que le sucede y me quedo callada, esperando a que me dé alguna explicación más.

— Verás... No he encontrado a nadie que pueda acompañarnos al viaje.

¡Ah!

¿Y por eso ha venido a mi casa?

— No pasa nada. Sé que todo era demasiado precipitado, así que no te preocupes — aseguro, un tanto confusa — . ¿Quieres un té? ¿Un café?

Él sacude la cabeza en señal de negación.

— En realidad, no he llegado a preguntar al respecto a ningún compañero, porque...

— ¿Por qué? — insto, intentando comprender qué demonios está sucediendo.

Tom sonríe con algo de timidez e, incómoda, le devuelvo la sonrisa. Jamás me lo habría imaginado ahí sentado, en el sofá de mi piso. En realidad, tengo que confesar que el único hombre que ha pisado mi casa es Dexter, lo que resulta realmente penoso.

— No quería que nadie más viniera al viaje... — asegura, esta vez un poco más envalentado.

Aunque no quiero volver a malpensar absurdamente, no puedo pasar por alto la mirada lujuriosa de Tom. Otra vez siento ese maldito cosquilleo recorriendo mis entrañas y tengo que esforzarme por mantener la compostura.

— ¿Por... qué? — pregunto con un hilillo de voz.

Tom se levanta del sofá y camina hacia mí.

Está serio. Las facciones de su rostro y los músculos de su cuerpo están en tensión. Tengo la sensación de que me está arrancando la ropa con la mirada, y eso me excita. Me excita tanto que no puedo evitar acalorarme al instante.

— Porque me gustaría estar a solas contigo... — admite con la voz ronca, cargada de deseo.

Es tal y como lo había imaginado en mi sueño.

¡Oh, Dios! Esto es demasiado increíble para ser verdad.

Tom se acerca tanto a mí que puedo oler su ya conocido perfume. Llevo demasiado tiempo fantaseando con que ese olor termina impregnando mi piel como para no reconocerlo. Se detiene a unos centímetros, tanteando mi reacción, y después lo hace. Me besa. Aprisiona mi rostro entre sus dos manos e introduce su lengua en mi interior, inspeccionándome. Sabe bien. Besa muy bien. Y lógicamente, yo no me resisto en absoluto. Me tiemblan tanto las piernas que tengo la sensación de que de un momento a otro me vendré abajo. Gracias a Dios, Tom también lo intuye y desliza un brazo

alrededor de mi cintura, sujetándome y estrechándome contra él. Continúa con el beso. La humedad de sus carnosos labios consigue hacerme perder la cabeza. A estas alturas de la película, poco me importa si los chicos como Dexter, digo Tom, no me convienen. Todavía menos que las relaciones entre empleados de la misma empresa no estén permitidas. ¡Por el amor de Dios, si Lindsay Bass y Jack Ackerman se han casado! Además, yo no espero ninguna boda. Ni siquiera una relación. Quiero esto. Quiero besarle, quiero comerle y que me coma. Quiero perder la cabeza con él hasta el amanecer y repetir este proceso cada vez que sea necesario o que ambos tengamos ganas. Sin compromisos, sin ataduras, sin etiquetas. Solo sexo. Un clavo que saque el maldito clavo que dejó Dexter incrustado en mi corazón.

Me empuja, caminando. Terminamos cayendo en el sofá entre pequeñas risotadas y me doy cuenta de que la timidez del chico ya ha desaparecido por completo. La mía también. Le miro y lo devoro con los ojos. Quiero hacerle de todo, quiero disfrutar como nunca he disfrutado con del sexo.

— Tom... — susurro en voz baja.

Pero él no me deja continuar.

Coloca un dedo sobre mis labios para silenciarme y, sin pensármelo dos veces, yo lo atrapo entre mis dientes para evitar que lo retire y después lo succiono. Lo saboreo, lo lamo.

El sacude la cabeza con una sonrisa divertida.

— Eres una chica muy traviesa, Charlize... — asegura con la voz ronca y excitada.

— Quiero hacer travesuras... — ronroneo yo, juguetona.

Él se ciernen sobre mí y me retira, casi de un tirón, los pantalones de pijama. Sonríe al comprobar que no llevaba ropa interior y se ánima a hacer lo mismo con la parte superior. En dos segundos, estoy totalmente desnuda y expuesta ante él. Tom, con una sonrisa que nunca antes le había visto, vuelve a rozar con su dedo mis labios. Yo repito el gesto y lo atrapo, para después lamerlo y saborearlo. Mi guapo empleado sonríe con malicia cuando lo retira y, sin que yo me lo espere, empieza a arrastrarlo por mi cuello. Lo desliza hasta mis pechos y juega con mis pezones mientras yo me vuelvo loca de placer.

— Hay que nivelar la balanza — gruño, señalando su ropa.

Estoy deseando tenerle desnudo sobre mí, pero parece que el guapo de Tom primero quiere hacerme sufrir mucho. Vuelve a darme su dedo y yo, como una chica obediente, lo vuelvo a chupar.

— A sus órdenes, mi señor... — digo sonriente y juguetona.

Él asiente.

— Me gusta — dice, mientras saca el dedo de mi boca y comienza, una vez más, a deslizarlo por mi piel desnuda.

Esta vez no se detiene en mis pechos y continúa más abajo, haciéndome temblar con tan sólo utilizar la imaginación. Y entonces, lo hace. Llega a mi humedad y lo pasea sobre ella superficialmente hasta, después, introducirlo en mi interior.

— Repite eso... — me pide, penetrándome y haciendo que mi espalda se arquee de placer.

— El qué... — murmuro, incapaz de concentrarme en nada.

— Que estás a mis órdenes — dice con la voz ronca, mirándome fijamente a los ojos — . Repítelo.

— A sus órdenes, mi señor... — consigo decir entre espasmo.

Ahora ya no es un dedo el que entra y sale de mí. Si no dos.

Héctor se tumba sobre mi cuerpo sin dejar de jugar conmigo y se mete uno de mis pechos en la boca. Muerde mis pezones hasta casi hacerme daño, pero descubro que es un dolor del todo satisfactorio y que me encanta. Continúa así, sin parar, obligándome a retorcerme del placer hasta que, de pronto, un orgasmo increíble atraviesa mi organismo partiéndome por la mitad.

Él, satisfecho, sonrío. Pero su mirada lujuriosa y salvaje me deja claro que no está dispuesto a terminar ahí. Tom se apresura a desatarse el pantalón y bajarse el bóxer con rapidez, liberando su muy bien dotado miembro.

— Oh, Dios... — suspiro, mordiéndome el labio con desesperación.

— Gírate en el sofá.

Yo asiento.

— Y respóndeme en voz alta — añade.

El calor que asciende por mis entrañas me está matando.

— A sus órdenes, señor... — ronroneo con la voz ronca de placer mientras me giro, colocando mis pechos sobre el respaldo del sofá.

Tom estira mis brazos y abre mis palmas por encima de mi cabeza, dejándolas visibles contra la pared. La espalda levemente arqueada y yo de rodillas, esperándole, incitándole.

Y entonces, sin esperarlo, me penetra. Fuerte, duro y hasta el final. Grito de placer y Tom continúa; una, dos, tres, cuatro... Más fuerte, más rápido, más salvaje. Siento su mano colocada en mi cintura, descendiendo y ascendiendo por mi espalda. Tira de mi cabello y pide más. Las embestidas son tan salvajes, que estoy segura que no podré soportarlas. Pero lo hago y me encantan. Me excitan. Le deseo tanto que, unos segundos después, no soy capaz de resistir la oleada de calor que me invade y exploto, alcanzando un segundo orgasmo junto a él.

Tardo unos minutos en darme la vuelta y mirarle a la cara. Aunque me siento avergonzada por lo que acaba de pasar entre nosotros, él sonrío. Y esa sonrisa consigue tranquilizarme.

— Mañana nos marchamos muy temprano — consigo balbucear, aún con las extremidades temblorosas.

— Lo sé.

— ¿Por qué no te quedas a dormir? — propongo, un tanto confusa.

Él tira de la manta del sofá y me indica que me tumbe a su lado. Encantada, obedezco.

Ya me preocuparé por morir de la vergüenza al día siguiente.

# 5

Me despierto algo confusa y mareada; como aquel que ha sido capaz de dormir durante demasiadas horas del tirón.

Cuando entreabro los ojos, me encuentro con la oscuridad de la habitación que aún continúa sumida en la penumbra. El teléfono móvil no deja de sonar indicándome que, a pesar de mis ganas de dormir un ratito más, ha llegado la hora de despertarse. Me cuesta entender todo hasta que poco a poco voy recordando lo de anoche. Tom, sus besos, sus manos, su lengua... Palpo a mi lado y comprendo que no está conmigo. Agudizo la vista y miro a mi alrededor haciendo un gran esfuerzo hasta que veo el bote de somníferos en la mesilla auxiliar.

— ¡Joder, Charlize! ¡Otra vez!

Otra vez he soñado con él.

¡Dios mío! ¡Mi sucia mente tiene que estar muy enferma para no conseguir sacarse a “Tom, el guapo” de sus pensamientos!

¿Cómo es posible que, noche tras noche, tenga un sueño erótico con él? Mi mente debe de estar muy sucia, sí, o muy desesperada. Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve con un hombre, y eso empieza a contar como un asunto de gravedad.

— Venga, Charlize, espabila... — me digo a mí misma.

Se acabó pensar en Tom.

Tengo que centrarme porque hoy es el gran día.

Sin casi tiempo para asimilarlo, me marcho a España, y ese acontecimiento debería ocupar — como poco — el noventa y nueve por ciento de mi mente.

He quedado con Tom y el segundo ayudante en la oficina, así que me preparo con rapidez, me visto tal y como tenía planeado y pido un taxi para no llegar tarde ni tener que cargar con las maletas en el transporte público.

Para rematar, llueve. Odio la lluvia en Manhattan y odio los días grises. Además, mi mañana comienza realmente mal cuando me doy cuenta de que se me ha olvidado meter otro par de calcetines de repuesto en mi bolso. Por desgracia, tengo un problema de pies malolientes. Es algo que me acompleja bastante — todavía más cuando Tom está cerca de mí —, pero he descubierto que con una escapadita al lavabo y un cambio de calcetines todo tiene solución. Hoy no llevo calcetines de repuesto, así que supongo que sufriré un vuelo bochornoso. Cuando me bajo del taxi, camino como un pato mareado hasta la puerta de nuestro edificio en Wall Street. Si por error pisase un charco y me mojase el calcetín, el mal olor tardaría aún menos en salir a flote. Y eso es lo último que quiero.

— ¡Buenos días! — saludo, ruborizándome, al ver a Tom en la puerta.

No debería sentirme así porque, en realidad, no ha pasado nada entre nosotros. Todo ha sido un sueño, nada más.

— Buenos días, jefa — saluda.

— ¿Has conseguido con tan poco tiempo a un segundo ayudante?  
— inquiero, aunque viendo que en la entrada no hay nadie más presupongo la respuesta negativa.

— En realidad, sí.

— ¿Y dónde está? — pregunto, confusa.

— ¡Estoy aquí! — grita Sherlyn tras de mí.

Abro los ojos como platos y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no empezar a gritar como una loca. ¿Qué diablos es esto? ¿Por qué esa arpía sin piedad está aquí?

— Le he propuesto el viaje a Sherlyn y ha aceptado encantada.

Trago saliva, aún haciéndome a la idea de lo que acaba de suceder y de lo que sucederá después.

¿Cómo narices voy a aguantar a esa bruja durante varias semanas? ¡Mi jodida semana perfecta con Tom se acaba de ir a la mierda!

— Sherlyn, lo siento — digo, procurando calmar mi voz y que mi timbre no delate mi histerismo — , no creo que sea apropiado. Jack y Lindsay dejaron claro que habías sido delegada a la sala de fotocopias y que no te correspondía ninguna tarea más allá de pulsar un botón y grapar los folios.

¿He sonado demasiado cruel? Espero que sí.

Sherlyn tuerce una mueca de disgusto y Tom se apresura a salir en su defensa.

— Jefa, sé cuáles son las actuales tareas de Sherlyn, pero te aseguro que merece una segunda oportunidad. Lleva mucho tiempo queriendo demostrar lo que vale y está dispuesta a hacerlo en este viaje. Además, nadie iba aceptar de la noche a la mañana coger un avión para España...

Puede que Tom tenga razón pero... ¡Dios! ¡Odio con todo mi alma a Sherlyn! Además, Lindsay y yo siempre pensamos que estos dos estaban liados. Y si no lo estaban, el viaje a España podría ser la oportunidad perfecta para que salten chispas entre ellos.

“Deja de pensar tonterías, vais a ir para trabajar”, me digo a mí misma, intentando utilizar la lógica.

— Si te pasas un pelo te mando de vuelta en el primer vuelo — le digo, amenazante, señalándola con el dedo índice — . No quiero ninguna de tus tonterías.

Ella asiente y, feliz, da dos palmaditas antes de guiñarle un ojo a Tom. ¡Dios, quiero vomitar! Solo el hecho de verla aquí, a mi lado, me produce náuseas y malestar crónico.

El coche de Ackerman no tarda en aparecer. Su chófer se baja, apresurado, para cargar nuestras maletas y abrirnos la puerta.

— Yo se la bajo... — dice Sherlyn, fingiendo que es una chica dulce y educada — , es que pesa muchísimo...

Pero cuando tira del asa y deja caer la maleta en un charco, todo el agua salta en mi dirección empapando mis deportivas y traspasando hasta mis

calcetines.

— ¡Genial! — grito, indignada, fulminando a Sherlyn con la mirada.

— Lo siento, lo siento... — se excusa, mientras el chófer coge su maleta del charco y la carga en el maletero.

Nos subimos dentro del vehículo.

Ellos dos van detrás y yo voy delante.

Tengo ganas de llorar y... me huelen los pies.

## 6

He tenido tan presente la emoción del viaje que, por unos instantes, ni siquiera recordaba el miedo que le tengo a volar. En realidad, es un pánico atroz.

Viajamos en uno de esos aviones gigantescos de dos plantas. Gracias a Dios, Tom va sentado a mi lado y a Sherlyn le ha tocado viajar a un par de plazas de distancia, de manera que no puede escuchar ninguna de nuestras conversaciones.

— ¿Estás bien, jefa?

Lo miro de reojo y asiento de forma autómata, aunque es más que evidente la mentira. ¿Cómo voy a estar bien si las turbulencias son continuas? ¡Es el peor viaje de mi vida!

— No te preocupes, en cuanto dejemos atrás la tormenta, todo volverá a la normalidad...

El avión sufre una segunda sacudida e, inconscientemente, me agarro al brazo de Tom. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué tengo la horrible sensación de que este viaje ha sido la peor decisión de mi vida? Él se ríe y coloca una mano sobre la mía de forma tranquilizadora.

— ¡Oh, Dios, Tom! — grito, incapaz de no desviar la vista hacia los rayos que relampaguean detrás de la ventana.

Él suelta una carcajada descomunal y me acaricia con ternura la mano.

— Tranquila, jefa, de verdad... sólo son unas pocas turbulencias — murmura, intentando contener la risa.

¡Genial! ¡Lo que me faltaba! ¡Incluso Tom se ríe de mí!

— Vamos a morir... — susurro en voz baja mientras mi asiento pega

sacudidas.

Un niño que viaja con sus padres a nuestra derecha comienza a llorar a pleno pulmón. Al parecer yo no soy la única asustada, lo que resulta un verdadero consuelo.

— Mi madre también tiene mucho miedo a volar — me cuenta Tom con un tono amistoso — , por eso viene tan poco a visitarme.

Frunzo el ceño y me giro hacia él.

— ¿Dónde vive tu madre? — inquiero con curiosidad.

La verdad es que no sé nada sobre él.

— Vive en Australia.

— ¿Con los canguros?

Él suelta una carcajada.

— Sí, con los canguros — señala, justo en el instante en el que una azafata comienza a hablar por los altavoces.

Pide que los pasajeros estén calmados y, al igual que Tom, asegura que las turbulencias cesaran cuando dejemos atrás la tormenta. Otro par de pasajeros comienzan a perder los nervios y empiezan a contagiar su preocupación al resto.

— No me gusta demasiado Australia — comenta Tom — , desde que era muy pequeño quería venir a vivir a Nueva York.

Lo miro desconcertada.

Sé que tan sólo está intentando entretenerme para que me distraiga, pero la verdad es que funciona.

— ¿Por qué querías vivir en Nueva York?

Él sonrío nostálgicamente.

— Veía la ciudad en las películas y me gustaba. Me parecía que en Nueva York todo el mundo tenía la oportunidad de ser alguien y de triunfar.

— ¿Y si han cumplido tus expectativas? — inquiero, levantando un poco mi tono de voz para que me escuche.

El niño no para de llorar y una señora mayor ha comenzado a gritar que “esto es el fin”.

Tom no parece preocupado.

— Más o menos... — se ríe — , me gustaría un ascenso y una subida de sueldo — bromea, justo antes de volver a posar su mano sobre la mía — , pero me conformo con lo que hay.

Al final, yo también termino soltando una pequeña risita.

— Me pensaré lo de la subida de sueldo — admito, guiñándole un ojo.

— Eso está bien pero... ¿Podría liberar mi brazo, jefa? No siento la mano desde hace varios minutos.

Le suelto inmediatamente y compruebo la marca que le han dejado mis dedos en la piel.

— Lo siento... lo siento... — murmuro de forma atropellada con nerviosismo.

— No pasa nada — se ríe él, restándole importancia — , pero empezaba a pensar que iban a tener que apuntarme la mano. Estás en forma, ¿eh?

Sonrío con timidez mientras me digo a mí misma que ésta es la conversación más larga que jamás he mantenido con Tom. Además, cuando quiero darme cuenta, las peores turbulencias ya han quedado atrás y parece que la tormenta ha amainado. Unos minutos después, la imagen que ordena a los pasajeros mantenerse en sus asientos con los cinturones de seguridad abrochados se apaga y buena parte de las personas que viajan a bordo saltan en aplausos y suspiros tranquilizadores. Me fijo en que Tom se acurruca en el asiento y cierra los ojos y decido que yo debería hacer lo mismo. Pero no puedo. No sólo por la inquietud que me provoca mi miedo a volar, sino porque temo que, una vez concilie el sueño, comience a soñar con él. Las últimas dos noches no he podido sacarme a Tom de mi cabeza y, si una cosa recuerdo a la perfección, es que Dexter siempre me decía que gritaba con tanta fuerza mientras dormía que incluso los vecinos llegaban a escucharme.

Me masajeo las sienes, agobiada, pensando que la obsesión por el chico que tengo a mi lado empieza a rozar límites muy preocupantes. Estoy segura de que si Lindsay o Cora se enterasen de esto, terminarían encerrándome en un psiquiátrico. O algo peor.

“Estás perdiendo el norte, Charlize!”, murmuro, desviando la cabeza hacia mi subordinado. Es tan guapo que casi duele mirarle. ¿Cómo no voy a tener sueños eróticos con él? Las luces del avión se apagan y todo el mundo parece decidido a recuperar la paz perdida y dormir un rato, pero yo no. Estoy decidida a mantenerme ocupada y despierta hasta que aterricemos en la capital de España.

Me levanto de mi asiento con sigilo y esquivo a Tom para salir al pasillo. Desde hace un buen rato, el olor de mis pies húmedos me está enervando y he decidido aprovechar el momento para lavármelos como buenamente pueda. El servicio del avión, como era de esperar, es pequeño e incómodo. Además, el grifo del lavabo queda a bastante altura y tendré que convertirme en una auténtica contorsionista profesional para lograr llegar a él. Vuelvo a recordarme a mí misma que no tengo calcetines de repuesto en el bolso, así que me pondré los zapatos con los pies desnudos y tendré que arriesgarme a sufrir ampollas por rozaduras.

Enciendo el grifo, me remango el pantalón y, levantando la pierna hasta donde soy capaz, meto el pie bajo el chorro de agua fría. Pienso en ese instante en la estúpida de Sherlyn y lo perfecta que ha venido vestida para comerse tantas horas de vuelo; tacones, pantalones pitillo que cortan la respiración y un top ceñido que marca sus dos destacados atributos. ¡Puag! ¡No la soporto!

Con gran esfuerzo, comienzo a frotar con jabón mi pie. Mantenerme a la pata coja y conseguir frotar en esta postura es un verdadero logro para mí. Diez minutos después, termino de lavarme el derecho y paso al izquierdo. Estoy aún enjabonándolo cuando escucho a una azafata a través del altavoz comunicando que, en breves instantes, pasaremos otro pequeño tramo de turbulencias.

— ¡Joder...! — murmuro, intentando terminar con mi pie lo antes posible.

Después de tantísimo esfuerzo no pienso quedarme a medias. Pero al parecer el término de “breves instantes” es muy relativo porque, tan sólo unos segundos después, el avión comienza de nuevo a tambalearse y a pegar

sacudidas.

— ¡No, no, no! — grito, poniéndome nerviosa mientras procuro sacar con rapidez el pie del lavabo.

Aún está repleto de jabón, pero no me importa.  
¡No quiero morir encerrada en los baños de un maldito avión!

Forcejeo con mi propia pierna, que parece haberse quedado trabada y no querer moverse, hasta que otra fuerte turbulencia provoca que pierda el equilibrio y me derrumbe contra la puerta del servicio. La puerta, que tiene ese estilo de sistema de cierre parecido al de un acordeón, se abre cuando la golpeo y salgo disparada contra el suelo del pasillo. Y si todo eso no fuera suficiente, ¡alguien que esperaba para entrar al baño ha caído debajo de mí!

— ¡Lo siento, lo siento! — grito, avergonzada, mientras todas las miradas de nuestro alrededor se vuelven hacia mí.

Pero cuando me doy la vuelta y veo a Sherlyn bajo mi culo, dejo de sentirlo y casi, por muy poquito, termino alegrándome.

— ¡Ay, jolín! — exclama con ese horrible tono de voz pijo que tanto me desquicia — , ¡me estás aplastando!

Tengo que respirar hondo y controlarme antes de responder.

— Espero que no me estés llamando gorda, Sherlyn... — murmuro, consciente de que ahora soy yo la jefa y de que tengo la sartén por el mango.

Me levanto del suelo y me incorporo costosamente con mi pie enjabonado y desnudo.

— Señora... — me llama un pasajero — , se le ha perdido un zapato — señala, levantando mi deportiva en alto para que todo el mundo la vea.

Con una mueca desagradable, la arranco de su mano y paso de largo a Sherlyn con la cabeza alta y un murmullo de chismorreos resonando alrededor. Camino semi-descalza hasta el asiento y me encuentro a Tom con el ceño fruncido y un gesto de desconcierto.

— ¿Qué ha sucedido? — pregunta, señalando la deportiva que llevo bajo el brazo.

— Nada interesante — aseguro, sentándome junto a él para ponerme el maldito zapato.

# 7

— Eh, jefa, estamos aterrizando... — me avisa Tom, sacudiéndome levemente por el hombro.

— ¡Oh, no...! — exclamo nada más abrir los ojos y comprender que me había quedado dormida.

Además, ¡durante un buen rato!

El último recuerdo que tengo es que aún nos faltaban un par de horas para llegar a Madrid. Miro a mi compañero de oficina con preocupación, intentando atisbar en él algún signo que delate que haya dicho algo inapropiado mientras estaba dormida. La verdad es que su expresión es calmada y no parece sentirse incómodo.

— Acabamos de comenzar a descender — me dice con una sonrisa un tanto pícaro — . Al final no ha sido para tanto, ¿verdad?

¿Y si he dicho su nombre? ¡Por Dios!

No me da tiempo a meditarlo demasiado porque las ruedas del avión comienzan a deslizarse por el asfalto dando tumbos. Me sujeto con fuerza al asiento hasta que, finalmente, el aterrizaje se estabiliza y nos deslizamos por la pista disminuyendo la velocidad. Una vez más, la gente aplaude. El avión termina deteniéndose y las azafatas piden paciencia mientras preparan la puerta de salida.

Recupero mi mano, aliviada porque la tortura del vuelo por fin haya llegado a su fin.

Nos levantamos de los asientos y Sherlyn y Tom se adelantan. Es imposible seguirles porque, antes, debo recuperar mi equipaje de mano y la gente a mi

alrededor no parece ser demasiado servicial. Hago un esfuerzo por esquivar a dos señores e infiltrarme entre las segundas filas para lograr recuperar mi equipaje. Cuando lo consigo, no hay ni rastro de mis dos ayudantes.

¿Por qué diantres tengo la sensación de que Sherlyn no me será de demasiada ayuda? Más bien, creo que se ha propuesto destrozar mi carrera y hacer que Jack pierda la confianza que había depositado en mí.

Agotada por el estrés del vuelo, arrastro la maletita detrás de mí mientras procuro orientarme en este aeropuerto. Las señales que están colgadas sobre mi cabeza tampoco aclaran demasiado mis dudas. Al final, termino preguntando a un par de personas sobre dónde están las cintas de las maletas y comprendo que iba en dirección contraria. Cuarenta minutos después, alcanzado mi destino. Soy la última persona del vuelo en llegar hasta la cinta y mi maleta está dando vueltas y más vueltas en solitario. Con gran esfuerzo — pesa una barbaridad —, la saco de la cinta y me encamino hacia el control de pasajeros. Estoy deseando salir de aquí y llegar al hotel; poder darme una ducha, relajarme, olvidarme de Sherlyn...

Un buen rato después, abandono el interminable aeropuerto de Madrid y el aire fresco golpea mi rostro. ¡Por fin!

Aspiro y suspiro hondo mientras una sonrisa tonta se instala en mí y un sentimiento de libertad invade mi organismo.

— ¿Charlize Tremblay? — murmura un hombre con aspecto americano.

Me fijo que lleva un cartel con mi nombre.

— ¡Esa soy yo! — exclamo, feliz.

¡Por fin!

Mi sueño sobre poder alcanzar el hotel y darme una ducha empieza a hacerse realidad.

El hombre suspira con mala cara y resopla, exasperado.

— Llevo esperándola más de hora y cuarto... Sus amigos hace rato que se han marchado en el otro coche — me recrimina de malas formas.

— ¿Perdone? — repito, incrédula.

¿Tom se ha marchado ya? ¿Con la bruja de Sherlyn?

— ¿No me ha oído? — me dice, arrancándome el asa de las maletas de mis manos — . ¡Que llevo más de hora y cuarto esperándola, demonios!

¿De verdad me está hablando de esas formas?

— Creo que no sabe quién soy... — murmuro, dibujando una sonrisa socarrona en el rostro.

¿Pero éste tío quién se ha pensado que es?

— ¡Oh, claro que sé quién es usted! — exclama, indignado, dándose la vuelta y comenzando a caminar hacia la carretera. Como no quiero quedarme atrás, le sigo, manteniendo la cabeza alta y los aires de indignación presentes — . Es Charlize Tremblay, ¿verdad?

— Claro que soy Charlize Tremblay.

— ¿Ve cómo lo sabía? Charlize Tremblay — repite, imitando mi tono de voz con burla — , soy Charlize Tremblay. La tardona que ha llegado una hora y cuarto más tarde.

Aprieto los puños, rabiosa, y le lanzo una mirada asesina.

— Mire... He tenido un viaje muuuy largo y ahora mismo me siento exhausta. Siento mucho la tardanza, pero me he desubicado en el aeropuerto y, la verdad, no ha sido agradable. Ahora, si no le importa, lo único que quiero es llegar a mi hotel y descansar un buen rato.

El hombre con pinta — y acento — de americano se detiene junto a un coche. Abre el maletero, y mientras introduce mis maletas en él sin ninguna delicadeza, me responde.

— Pues prepárese y póngase cómoda, señora Tremblay... Aún queda un largo viaje hasta el hotel.

— Señorita, no señora. ¿Y qué es eso de que aún queda un largo viaje? — inquiero, preocupada.

El hombre me escruta de arriba abajo con gesto de pocos amigos.

— Está bien, señorita — admite finalmente — . Aún nos quedan unas cuatro o cinco horas de viaje hasta llegar a Asturias.

— ¿CÓ...Cómo? — pregunto, indignada, mientras un sentimiento de horror revuelve mis entrañas.

“No puede ser”, pienso, “esto tiene que ser una broma de Jack”.

Mi chófer saca su teléfono móvil, repasa algunos mensajes y, finalmente, sonrío.

— Le encantará el primero de sus destinos — anuncia con una sonrisa que me provoca un escalofrío.

Indignada, agotada y preguntándome dónde diablos se habrá metido Tom, me meto en el coche y me dejo caer en los asientos traseros. Tengo que admitir que, al menos, son cómodos y confortables. Seguro que podré echar una cabezadita y desconectar un rato...

— Por cierto, ¿cómo ha dicho que se llama?

Él me observa a través del espejo retrovisor central y me guiña un ojo.

— No se lo he dicho — dice, mientras acciona la llave para poner el motor en marcha.

— ¿Y no piensa decírmelo? — pregunto, extraña.

Mi nuevo chófer suelta una risita y, para mi sorpresa, no responde.

“Lo que me faltaba”, pienso.

Un tipo raro para un viaje extraño.

## 8

Me despierto sobresaltada con una música gótica y satánica de fondo. Tardo varios segundos en comprender que aún sigo en el coche metida, de camino a Asturias, con mi desconocido y misterioso chófer.

La música heavy continúa sonando a todo volumen de fondo, así que por mucho que grite mi chófer no me escucha. Le pego una fuerte patada al respaldo de su asiento y, finalmente, logro captar su atención.

Él disminuye el volumen de la música hasta casi apagarla y recoloca la posición del retrovisor para poder observarme a través de él.

— ¿Qué le ocurre, Charlize Tremblay?

Frunzo el ceño.

— Estaba dormida — le comunico con ironía.

— Lo sé — me responde, justo antes de apartar la mirada y volver a centrarse en la carretera.

Desvío ligeramente la mirada a través de las ventanillas y compruebo que es de noche. Todo está completamente a oscuras y no parece que tengamos absolutamente nada a nuestro alrededor. Viajamos en una carretera desierta, sin siquiera farolas o alumbrado.

— ¿Entonces por qué demonios ha puesto la música a todo volumen?  
— inquiero, indignada.

El chico se ríe y yo aprieto los puños, exasperada.

— Bueno, pues apáguela — le ordeno, justo antes de volver a hacerme un ovillo sobre el asiento.

— No pienso hacer eso.

Abro los ojos como platos, incapaz de creer lo que está diciendo.

— ¿Por qué no? — repito, perdiendo la poca paciencia que albergo después de un viaje tan largo y tortuoso.

Mi nuevo chófer vuelve a reírse tontamente, sacándome de mis casillas.

Al final, decido que no perderé el tiempo intentando comunicarme más con él. Es absurdo. Es un cabeza de chorlito con dos únicas neuronas en su interior. Y mi tiempo es demasiado valioso para desaprovecharlo con alguien como él.

Cierro los ojos y procuro relajarme nuevamente hasta que, mi querido y adorable chófer, comienza a reproducir unos sonidos muy extraños.

— ¿Pero se puede saber qué demonios está haciendo?

Él continúa... ¿gimiendo?

— Oh, Tom... — dice, imitando mi voz entre gemidos — , oh, sí, Tom... ¡Me encanta, Tom!

— ¡Oh, NO! — grito, incapaz de creer que haya vuelto a soñar con él — . ¡Cállese!

— Tom... ¡TOM! — bromea el chófer.

Indignada, le propino otra patada al respaldo de su asiento mientras un mal presentimiento se clava en mi interior. Espero que los sueños que he tenido durante el vuelo hayan sido más... inocentes.

— ¿Me va a decir quién es ese tal Tom? — pregunta el chófer — , he tenido que silenciar sus gritos con la música... Debe de ser un genio en la cama.

Incómoda, me vuelvo a sentar apropiadamente en el asiento y decido que no volveré a quedarme dormida hasta llegar a nuestro destino. Lo que acaba de sucederme es tan vergonzoso que ni siquiera sé cómo tomármelo.

— ¿Puede dejar de reírse de mí? — escupo de mala gana.

— ¿Es su novio? — insiste él desde el asiento delantero.

— No — escupo de malas formas.

Estoy deseando llegar de una vez por todas a Asturias.

— ¿No es su novio? — insiste.

Decido terminar con este estúpido juego y no responderle más.

— Hablaré con el señor Ackerman nada más llegar al hotel — suelto con un tono de voz amenazante — , y no dudaré en explicarle lo simpático que ha sido mi chófer.

— ¿El señor Ackerman? Le agradezco el detalle, Charlize Tremblay, pero no tengo ni la menor idea de quién es ese hombre.

— ¿Su jefe, tal vez?

Mi nuevo chófer se ríe.

— Si vamos a mantener una conversación, ¿por qué no se sienta aquí delante, conmigo?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

— Déjelo. Aquí detrás voy muy cómoda, gracias.

“Este chico es exasperante”, pienso para mí misma.

Me muevo un poco para pegar mi rostro a la ventana. El frío de la noche se filtra a través de él, congelando la punta de mi nariz. El reflejo de mi rostro en el cristal me devuelve una imagen totalmente desagradable; estoy despeinada, ojerosa y el rímel de las pestañas se me ha corrido manchando hasta mis mejillas. ¡Genial!

— Me llamo Mario.

Miro hacia delante sin decir nada. Por el retrovisor, veo que está centrado en la carretera.

— Vale — murmuro.

Supongo que esta es la forma de firmar la paz, ¿no? Me fijo en él y, a pesar de su nombre español, sigue pareciéndome que tiene un aspecto bastante

americano y común. Tiene el pelo rubio ceniza, los ojos castaños pero salpicados de motas verdes, la piel blanquecina como si el sol no formase parte de su día a día y, mientras estábamos fuera del coche, he podido comprobar su buena estatura. Al menos me sacaba una cabeza.

— ¿Falta mucho para llegar a la primera localización?

Veo cómo niega con la cabeza.

— Media hora de coche, como mucho.

— ¿De coche?

Aunque no responde, percibo la risita que ha soltado en voz baja. Guardo silencio unos segundos esperando a que añada algo más, pero como no lo hace, insisto.

— ¿Tendremos que caminar con las maletas?

Mario sonrío.

— Algo así.

No sé por qué, ese “algo así” no me da buena espina.

## 9

He hecho un esfuerzo sobre-humano por no volver a quedarme dormida hasta llegar a nuestro destino final. Mientras Mario maniobra con el coche para aparcarlo, me digo a mí misma que tengo que hacer algo con esos malditos sueños eróticos antes de que se conviertan en mi pesadilla en la vida real.

— ¡Hemos llegado! — anuncia de buen humor, con una sonrisa.

— ¿Hemos llegado? — repito, mirando a través de la ventanilla.

No sé dónde diablos estamos, pero este paraje parece sacado de una película de terror.

Dejando de lado una pequeña farola, no hay nada que ilumine la estancia de nuestro alrededor. El coche está aparcado en cuesta. Sobre nosotros, el único refugio que parece cercano y decente está situado a unos metros de distancia hacia arriba, pero tampoco parece tener luces encendidas en el interior. Estamos rodeados de campo y de árboles, y parece que una imponente montaña se alza sobre nosotros.

— ¿Mis compañeros están ahí?

— No — dice, riéndose, justo antes de bajarse del coche.

Espero pacientemente a que saque un paraguas o algo con lo que cubrirnos, pero él se dirige directamente a por mis maletas.

— ¿No vas a salir de ahí? — dice, golpeando con fuerza la ventanilla.

Al parecer ya no me merezco ni que me trate de “usted”. ¡Menudo maleducado!

En pocos segundos Mario se ha calado de pies a cabeza y sospecho que, si abandono el coche, terminaré exactamente igual que él.

— ¡Creo que no! — respondo, mirándole ojiplática.

¿A dónde demonios me ha traído Jack Ackerman? Voy a matarle. Y después a Lindsay. ¿No se supone que me habían concedido el puesto más privilegiado de la empresa?

— Venga, sal de ahí — me dice mi chófer, abriéndome la puerta sin ninguna delicadeza.

Aún desde el asiento, el viento me golpea con fuerza arrastrando la lluvia hasta mí. Salgo del interior a regañadientes y me ato con fuerza el abrigo en un intento de no morir congelada. ¡Dios! ¿Cómo demonios puede hacer tanto frío?

— ¿Dónde están mis compañeros? — pregunto, levantando la voz.

— ¡Allí! — exclama, señalando hacia arriba.

Sigo la dirección de su seña hasta el alto de una montaña nevada. Un escalofrío recorre mi cuerpo con tan solo imaginarme allí arriba. Camino un paso hacia delante para ver bien el lugar y termino con los pies metidos en un charco. Cuando levanto la zapatilla, la saco repleta de barro y fango.

— Genial...

— ¡Es lo que tiene la montaña! — me dice, encogiéndose de hombros y tirando de mis maletas cuesta arriba hacia la caseta de piedra.

— ¿Y cómo vamos a subir hasta allí arriba? — pregunto, gritando por encima del sonido del viento y maldiciendo internamente a Jack Ackerman.

— ¡El funicular!

“El funicular...”, repito internamente, incapaz de creer que esto que estoy viviendo sea cierto.

Sí, quería una aventura. Pero creo que está siendo demasiado para una chica de ciudad como yo.

Mario se detiene frente a un acceso que hay junto a la casita de piedra. Es un pequeño túnel en cuya entrada de pedruscos hay una frase inscrita; “FUNICULAR DE BULNES, AÑO 2001”.

— ¿Tenemos que entrar ahí adentro? — inquiero, incapaz de imaginarme que Tom y Sherlyn ya han sufrido este calvario.

Seguramente, mi viaje se hubiese hecho mucho más ameno junto a Tom. Pero claro, las cosas no han salido exactamente como las tenía pensadas...

— ¿Preparada para subir a Bulnes? — me dice Mario, incapaz de reprimir un tono jocoso y una sonrisa pícara.

Hastada, asiento y me encamino al interior del túnel.

El funicular es subterráneo. No digo nada en voz alta, pero es un alivio saber que no tendré que volver a andar suspendida por las alturas. Estar entre estas paredes rocosas me proporciona cierta falsa seguridad que yo agradezco muchísimo. El túnel está iluminado así que la sensación de claustrofobia tampoco resulta asfixiante. Me siento en el funicular, que se asemeja bastante a un pequeño vagón del metro neoyorkino, y me aprieto aún más el abrigo para calmar el frío que me ha calado los huesos.

— El pueblo está muy cerca, casi no tendremos que caminar — me asegura Mario, cuyo rostro, de pronto, me trasmite mucha paz.

— Conoces muy bien esto... — señalo, curiosa.

— Me crié por las montañas — me explica — . Volver a Bulnes significa volver a mi hogar.

No digo nada, pero pienso que su acento inglés no tiene nada que ver con el de un montañés español. Es, como poco, muy curioso. Y difícil de creer.

Cuando salimos del funicular, me sorprendo con un paisaje totalmente nevado. Aquí arriba, el viento sopla con muchísima fuerza y la lluvia parece más fría, casi como si se hubiera transformado en un leve granizo. El suelo que pisamos no es, ni más ni menos, que un camino de cabras sin asfaltar.

— Venga, vamos — me insta Mario, echando a caminar con las dos maletas traqueteando tras él.

Le sigo mientras rebusco en los bolsillos de mi abrigo hasta dar con mi móvil. ¿Por qué sospecho que aquí arriba no tendré ni siquiera una línea de cobertura? Efectivamente. Levanto el teléfono móvil por encima de mi cabeza mientras contemplo el mensaje de “sin señal” parpadeando en la

pantalla.

— ¿No hay cobertura en todo el pueblo? — pregunto con el tono de voz timbrado de histeria.

Mario sonrío, divertido.

— Hay cuatro molinos, hay un puente, está también la casa del puente y una torre con antena de televisión — me explica, regocijándose de mí —. Tenemos casi una centena de vacas, cabras, gallinas y el mejor queso de Cabrales.

— ¿Y cobertura? — repito, impacientándome mientras el mensaje de “sin señal” continúa parpadeando.

— No, cobertura no hay — aclara, muy divertido.

Y justo en ese instante, mientras sacudo el teléfono por encima de mi cabeza, tropiezo con una piedra y caigo rodando por la nieve congelada cuesta abajo. Siento un dolor agudo recorriendo mi cuerpo mientras, hecha una bola, continúo rodando y rodando. Mario me grita que me esté quieta y tira mis maletas al suelo antes de echar a correr tras de mí. Al final, mi cuerpo termina proyectándose contra el tronco de un árbol que frena de seco mi carrera.

— ¿Estás bien? — grita Mario, alcanzándome.

Es una sorpresa comprobar que su sonrisa jocosa, por fin, ha desaparecido.

Levanto la vista hacia él y niego rotundamente con la cabeza. Al intentar levantarme del suelo, comprendo que estoy embarrada de arriba abajo y que el aspecto que debo presentar es deprimente.

— Vamos, mujer — me dice Mario, tendiéndome la mano —. No es para tanto, no te me echas a llorar...

Aguanto las lágrimas en mi interior hasta que apoyo el pie derecho y siento cómo un millar de agujas se clavan con fuerza en el hueso de mi tobillo.

— ¡Genial! ¡Genial, genial! — grito, histérica y fuera de control —. Me he torcido un tobillo... — gimoteo.

— No es para tanto — asegura mi chófer, rodeándome la cintura con su brazo para ayudarme a caminar.

— Y estoy asquerosa... — añado, hipando por la congoja.

— Sí, en eso tengo que darte la razón... — me dice con una sonrisa de medio lado — , pareces el yeti de la montaña.

— ¡Oh, Dios! — exclamo, pensando que este viaje no puede empezar de peor manera.

# 10

— Ya llegamos — me dice, cargándome en sus brazos — . Ésta es la casa de mi abuela. Aquí os alojaréis esta noche.

Leo el cartel que cuelga sobre la fachada de la pintoresca casita de piedra y ladrillo: “La casa del puente”.

A pesar de la oscuridad, calculo que este pueblo no debe de tener más de veinte habitantes — como mucho — , y no puedo evitar preguntarme de qué vivirá esta gente. Es un pueblo aislado en mitad de una montaña, sin siquiera un centro comercial cerca en el que poder pasar las tardes de lluvia. Aunque, sospecho, que la lluvia aquí será el pan de cada día.

—¡ Bienvenida a Los Picos de Europa! — exclama Mario, mientras abre la puerta de la casita de par en par.

El calor del interior me saluda con dulzura, invitándome a pasar al interior. Sonrío al comprobar que el ambiente interno es mucho más agradable de lo que cabía esperar. Como he podido ver desde el exterior, la casita está dividida en dos plantas. La planta baja es de forma rectangular y no está separada por habitaciones, si no que todo se une en un mismo espacio.

La risa estúpida y asquerosa de Sherlyn capta mi atención y desvío automáticamente la mirada hacia su provenir. Ella y Tom están sentados en una mesita redonda junto a una chimenea, tomándose un caldo o algo similar. La rabia recorre mis entrañas cuando veo la expresión de satisfacción que la arpía de ella pone nada más ver mi estado.

— ¡Por fin habéis llegado al *pueblu!* — grita una señora mayor que yo considero que será la abuela de Mario — . ¡*Tardastis* muchísimo!

Mario me deja con delicadeza en el suelo y se aproxima a la mujer para estrecharla entre sus brazos.

— ¡Preocupaste demasiado, güela! — grita Mario sin soltar a la mujer — . Mi amiga necesita una ducha — añade, señalándome a mí — , y un caldo bien caliente.

— Claro, claro... — dice la mujer, indicando las escaleras y saludándome con una sonrisa.

Aunque no estoy de humor, agradezco la hospitalidad devolviéndole el gesto. Tom también me está mirando, aunque no consigo descifrar la expresión de su rostro. Creo que es una mezcla de lástima y curiosidad.

— ¡Oye, Charlize! ¡Empezábamos a preocuparnos! — se ríe Sherlyn a plena carcajada.

Tengo ganas de asesinarla aquí mismo.

— Vamos — me insta Mario — , te acompañaré a tu habitación y te subiré las maletas.

Acepto, aún pensando que la única labor que ocupará Sherlyn una vez regresemos a casa será la de pulsar el botón verde de la máquina fotocopidora. Y no saldrá de allí... ¡Jamás!

— Parece agradable — señala el chico, girándose hacia detrás para observarme — , ya sabes... Me refiero a tu compañera. Es muy risueña.

No respondo; pero le fulmino con la mirada y espero que su inteligencia dé para comprender lo que he querido decir.

Con el tobillo dolorido, subo escalón a escalón hasta que el caracol llega a su fin. Las escaleras que ascienden a la segunda planta son estrechas, no tienen barandilla y están hechas de viejos tablones de madera. Me pregunto cómo se las apañará la señora para subir y bajar todos los días y termino llegando a la conclusión de que la gente de la montaña está hecha de otra pasta diferente a la nuestra.

— Esta será tu habitación — me dice, indicándome una puerta.

Sonrío con pocas ganas y la abro para contemplar el interior.

— Tiene ducha y retrete — me dice, señalando otro pequeño habitáculo que en vez de estar separado por una puerta, tan solo tiene unas pequeñas cortinas

de plástico.

“Genial”.

— Servirá — aseguro, caminando un paso hacia delante.

La cama es grande, antigua, y también de madera. Puede que esté demasiado cansada y eso me haga desvariarse, pero la verdad es que en conjunto no tiene tan mal aspecto.

— ¿Algo más? — inquiera Mario con su sonrisa socarrona — , ya sabes... Estoy para servirte — añade con un tono irónico.

¡Madre mía! ¿Cómo es posible que me caiga tan mal alguien que acabo de conocer?

— Sí, una última cosa. ¿Dónde están las habitaciones de mis compañeros?

Mario sale al pasillo y me indica con el dedo índice que le siga. Obedezco. Solo hay cuatro puertas y somos tres.

— Ella dormirá al fondo.

Yo asiento.

— ¿Y Tom?

La sonrisa de Mario se ensancha burlescamente.

— ¡Ah! — exclama con picardía — . ¡Así que él es el famoso Tom!

Me giro inmediatamente para comprobar que nadie más le haya escuchado decir eso. Una vez me aseguro de que estamos a solas, le suelto un golpe seco contra su hombro.

— ¡Cállate! — ordeno de malos modos, hastiada.

Pero Mario continúa riéndose de forma absurda.

— ¿Me vas a decir dónde duerme o no?

Al final, mi chófer asiente y señala la puerta contigua a la mía.

— Y en frente dormiré yo — añade, guiñándome un ojo.

— ¡Por Dios! — exclamo, indignada, metiéndome en la habitación.

Cierro la puerta con un sonoro portazo y, al fin, respiro.

Estoy sola, en paz... Y aunque esto no se asemeja a un hotel cinco estrellas, será más que suficiente para descansar y cargar pilas.

Me acerco hasta el habitáculo que está separado por una leve cortina y meto la cabeza en el interior. Bueno, tampoco está mal. Al menos, parece que disponen de agua caliente y que no tendré que ducharme con barriles.

Me apresuro a quitarme la ropa, me masajeo mi tobillo malherido y después me meto bajo el chorro de agua. Tengo que frotar con fuerza para que el barro se desprenda de mi piel y de mi cabello, pero al final consigo un aspecto similar al habitual y me doy por satisfecha. Solo hay una toalla, así que me seco superficialmente el cuerpo con ella y me la envuelvo en la cabeza.

No soy consciente de que mis maletas se han quedado abajo hasta que salgo del baño — si es que se le puede llamar así — y no tengo nada que ponerme.

— Al menos hace calor... — murmuro, relajada, acercándome a la ventana de mi habitación.

Una imponente y preciosa montaña semi-nevada se alza gloriosa frente a mí. Da la sensación de que estamos custodiados por enormes picos que protegen el pueblo. Me percató de que, no muy lejos, otra de las pintorescas casitas de Bulnes tiene luces encendidas y sale humo de su chimenea. Me imagino a una familia sentada junto al fuego, hablando de esas cosas de las que suelen hablar los ganaderos y la gente que vive en pueblos. Vacas, gallinas... Esas cosas.

Me quedo absorta durante varios minutos. El paisaje es realmente bello y espectacular, así que no me extraña que Jack haya remarcado este paraje entre los demás de su lista. Estoy convencida de que nuestro socio quedará satisfecho una vez lea las descripciones y vea las fotografías. Seguro.

Mientras observo el cúmulo de nubarrones que rodean la cima de la montaña, la puerta de mi habitación se abre y me llevo un susto de muerte.

— ¡Dios Santo! — exclamo, llevándome una mano al corazón — . ¿Es que no os han enseñado a llamar a la puerta? ¡Casi me da un infarto!

Mario se queda inmóvil en el umbral con las dos maletas aún sujetas. Pestañea varias veces, incrédulo, y yo tardo un poco más de lo necesario en comprender a qué viene su reacción.

— ¡Oh, no! — grito, una vez comprendo que estoy completamente desnuda.

Intento taparme con las manos, pero evidentemente, es imposible. Al final, como el chico no cierra los ojos ni se da la vuelta, termino escondiéndome detrás de las cortinas.

— ¡Fuera, fuera, fuera! — exclamo, histérica — . ¡Estoy desnuda!

— Yo... — murmura Mario, boquiabierto, antes de dejar caer las maletas  
— . Hay caldo abajo. Mi *güela* te está esperando.

Cuando me quedo a solas, suspiro.

No puedo creer que obligase a Dexter a esperar cinco citas para verme desnuda y que un chófer me haya visto a la primera de cambio.

— ¡Joder! — exclamo, incapaz de relajarme.

# 11

Supongo que, dadas las horas que son, Tom y Sherlyn ya se habrán marchado a dormir. Además, mientras me secaba el pelo con la toalla — no he sido capaz de encontrar un secador —, me ha parecido que alguien subía a la planta de arriba. Decido que lo mejor será vestirme cómodamente y bajar a tomarme el caldo en pijama. Al fin y al cabo, Mario ya me ha visto de todas las maneras habidas y por haber y su abuela no parece una mujer que se escandalice a la primera de cambio.

Bajo las escaleras de caracol con cuidado — con un tobillo torcido es más que suficiente — mientras mis tripas gruñen, hambrientas. Me apetecería más una hamburguesa con patatas, pero la verdad es que un caldo calentito tampoco es nada desdeñable. Además, tengo que admitir que no me vendrá mal cuidar un poco la línea.

Pero no he llegado al último escalón y les veo. Ahí están los dos; Tom y Sherlyn, todavía junto a la chimenea. ¿Cómo es posible que la arpía rubia siga tan perfecta después de un viaje tan largo? Con sus tacones, sus tirabuzones y su aspecto de pija imperturbable. Es realmente asquerosa.

— Veo que ya te has vestido — bromea Mario, guiñándome un ojo.

Un rubor recorre mis entrañas y la vergüenza asciende hasta mis mejillas.

— Cállate — le ordeno en voz baja, intentando relajarme.

Abochornada por mi aspecto, camino hasta la mesa de Tom y Sherlyn y tomo asiento junto a ellos. Tom me escruta de arriba abajo y me sonrío. Sherlyn, en cambio, suelta una de esas risitas estúpidas tan propias de ella.

— ¿Qué tal el viaje, jefa? — pregunta Tom.

Agradezco que, por fin, alguien se interese por mí.

— La verdad es que ha sido horrible — confieso, encogiéndome de hombros en el instante en el que Mario deja un caldo frente a mí.

— Oye, tú debes de ser Tom, ¿verdad? — dice mi chófer, alargando el brazo para estrecharle la mano.

Tom asiente y yo vuelvo a fulminar a mi chófer con la mirada.  
¿Qué diablos está tramando?

— Y tú eres... — añade, dirigiéndose a la arpía.

— Sherlyn — dice, sin siquiera mirar a Mario a la cara.

Es increíble que una chica de los recados — porque en el fondo eso es lo que Sherlyn es — pueda tratar con tantísima condescendencia a un chófer. ¿Por qué se cree superior al resto del mundo? Ni siquiera tiene el más mínimo sentido.

— La verdad es que ha sido un viaje muy largo — añade Tom, ignorando al anfitrión y centrándose en mí.

¡Dios, qué guapo es!  
Yo asiento, dándole la razón.

— ¿Y el funicular subterráneo? — inquiero, abriendo los ojos — . ¡Ha sido claustrofóbico!

— ¡Menuda exageración! — exclama Sherlyn, justo antes de darle un sorbito a su caldo — . No ha sido para tanto. Un poco largo, quizás... Pero no ha estado mal.

— La verdad es que lo del funicular ha sido toda una experiencia — corrobora Tom, dándole la razón a la arpía.

Por unos instantes, me siento totalmente fuera de lugar y tengo ganas de llorar.

Ella tan perfecta vestida, él tan guapo a su lado... Y yo con el pelo húmedo y en pijama. En fin.

Sin pensármelo dos veces, me bebo el ardiente caldo de casi un trago y decido que por hoy ha sido más que suficiente.

— Me voy a dormir — anuncio, levantándome de la mesa.

Sherlyn me sonrío falsamente y Tom me desea dulces sueños.

Vuelvo a imaginarme cómo habría sido este viaje si la arpía de la rubia tonta no estuviera presente y la rabia me corroe.

— Mañana subiremos a los miradores — grita Mario desde la cocina — . ¡Y desayunamos muy temprano!

No me molesto, siquiera, en responder.

Lo mejor será que el día termine cuanto antes y comience el siguiente.

# 12

Aunque me estoy esforzando por conciliar el sueño, es imposible.

Un búho ulala cada pocos minutos muy cerca de mi ventana y, no muy lejos, creo que un lobo aúlla a la luna. Me pregunto si los osos bajaran al pueblo para hincharse a ovejitas y si los aldeanos de Bulnes ofrecerán sacrificios humanos a cambio de la paz.

— Deja de pensar en tonterías, Charlize... — susurro en voz baja, tapándome por encima de la cabeza con la manta.

Además, hace muchísimo frío.

Aunque la primera planta estaba calentita gracias al fuego de la chimenea, aquí es otra cosa muy diferente. Cada vez que suspiro parezco un dragoncito aprendiendo a echar fuego por la boca.

Estaba convencida de que caería rendida después del día tan horrible que he sufrido, pero la realidad es que no dejo de recrearlo una y otra vez preguntándome a mí misma qué demonios me ha llevado a aceptar esta locura de viaje.

La puerta de mi habitación se abre levemente y la tenue lucecita de la bombilla del pasillo se filtra en mi dormitorio. Me giro hacia la puerta con el corazón a mil por hora y, a pesar de la oscuridad, identifico la silueta de Tom entre las sombras.

— ¿Jefa? — pregunta en un susurro.

Siento mi corazón desbocado e, inmediatamente, me pellizco con todas mis fuerzas el brazo intentando averiguar si esto es otro sueño o la realidad. Duele, ¡duele mucho!

— ¿Charlize? — insiste Tom al ver que no obtiene respuesta.

— Dime... — murmuro.

E instantáneamente me siento estúpida por responder “dime” y no algo del estilo a: ¡Oh, Tom...!

— ¿Puedo... pasar?

Yo asiento en silencio, porque la verdad es que tengo un nudo en la garganta y soy incapaz de producir ningún sonido. Tom se toma mi silencio como una afirmativa y cierra la puerta de mi habitación. Su silueta se acerca con sigilo hasta mi cama y un cosquilleo recorre mis piernas hasta alcanzar mi columna vertebral. Todo mi cuerpo vibra esperándole.

Tal vez, quizás, la idea de este horrible viaje no haya sido tan mala.

— Estaba deseando estar contigo a solas — me dice, ronroneando, justo antes de sentarse sobre el colchón e inclinarse hacia mí — . Desde el avión, no hemos tenido oportunidad de charlar...

Yo asiento, una vez, en silencio.

¡Dios! No sé cómo lo hace, pero consigue que me sienta tonta y absurda cuando le tengo cerca.

— Sé que no ha sido un viaje agradable — continúa él, ajeno a mis pensamientos — , pero he pensado que quizás podría ayudar a que te relajés...

Trago saliva.

Estoy a punto de armarme de valor y decir algo, pero Tom termina de cernirse sobre mí y, aprisionando mi rostro entre sus manos, me besa. Siento su aliento cálido, suave y sensual contra mis labios. Me besa con tanta pasión que creo que me olvido de respirar durante varios minutos. Después recorre mi cuerpo con las manos y poco a poco va desnudándome con delicadeza. ¡Madre mía! Después de tanto... por fin...

— Jefa... — susurra con una voz ronca que revuelve todo mi interior — , me moría de ganas por hacer esto desde hace mucho, mucho, muchísimo tiempo...

Una vez más, trago saliva.

Tom desliza mis pantalones de pijama por las piernas hasta retirarlos y eleva mi camiseta hasta dejarla arremangada por encima de mis pechos.

¡Oh, Dios!

Lame mi cuello con sensualidad y continúa paseando su lengua hasta mi pezón. El erotismo de la escena supera con creces cualquiera de mis sueños, y eso hace que me vuelva loca de remate. Me encanta. La verdad es que Tom siempre me ha encantado, por mucho que haya procurado resistirme a él. Introduce la mano entre mis piernas y la pasea con lentitud por el interior de mis muslos. Se detiene en mi humedad, pero no hace nada. Simplemente la deja ahí, desesperándome mientras me besa con pasión.

Para estas alturas de la película, yo ya he perdido la poca vergüenza que me quedaba y me lanzo a sus labios deseosa de saborearle. Ya no tengo frío y los osos de la montaña poco me importan. Paseo las manos por sus musculosos brazos y por sus duros pectorales hasta que, finalmente, no puedo resistirme y procedo a arrancarle la camiseta.

Tom se ríe tontamente y colabora conmigo quitándose la ropa. La silueta de su cuerpo desnudo hace que la humedad que hay entre mis piernas vaya a más.

¡Oh, madre mía! ¿Cómo puede ser tan... perfecto? Y lo mejor de todo es que está aquí, conmigo. Me imagino la cara que pondría Sherlyn si se enterase de esto y no puedo evitar que una sonrisa maléfica aflore en mi rostro.

— Me moría de ganas por hacer esto... — murmura, justo antes de tumbarse sobre mi cuerpo.

— Yo también me moría de ganas de que lo hicieras... — respondo con la voz cargada de sensualidad.

Siento su duro miembro chocar contra mi vientre y, después, percibo cómo lo manipula hasta clavarse muy, muy lentamente dentro de mí. Todo da vueltas a mi alrededor y creo que estoy a punto de esfumarme del mundo y desaparecer. Es demasiado bueno para ser real.

— ¡Oh, Tom! — suspiro, incapaz de controlar mis impulsos.

Levanto la cadera para recibirle y obligarle a aumentar el ritmo, pero él se ríe, coloca las manos sobre mi cintura y me obliga a estar me quieta. Entra y sale con lentitud y con movimientos comedidos, desesperándome. Sin dejar de moverse de esa manera tan desesperante y atractiva, Tom agarra una de mis manos y la coloca sobre mi pecho derecho.

— Quiero que te toques... — me dice con esa voz ronca que me hace perder el control — , quiero que te pellizques... Y que lo hagas mientras me miras — gime.

Obedezco, aunque sé que si lo hago estaré expuesta a perder el control en cualquier instante. Siento el orgasmo cosquilleándome las entrañas y, en cualquier momento, explotaré.

Me masajeo un pecho y, sin que él tenga que pedírmelo, hago lo mismo con el otro. Pellizco mi pezón y me muerdo el labio para controlar un grito. Mientras tanto, él continúa entrando y saliendo muy lentamente de mí, con sus ojos clavados en mi cuerpo, en mis manos, en mis labios.

— Me vuelves loca... — ronroneo — ... ¡Oh, Tom! ¡No puedo más!

Él sonrío, satisfecho con mi reacción.

Aprieta un poco más el ritmo, pero después lo disminuye. El placer consigue desesperarme y, aunque no soy muy consciente de ello, gimo sin importarme a quién pueda despertar con mis pequeños gritos. Tom, coloca una mano sobre mi boca y sonrío.

— Vas a despertar a toda la casa — asegura, justo antes de besarme en el cuello.

Lo lame y lo muerde, provocándome y haciendo que mis gemidos se intensifiquen.

— ¡Oh, Tom...! — exclamo, aunque su mano ahoga mi voz.

Él aprieta el ritmo y sé, en ese momento, que tampoco aguantará mucho más.

— Por favor, Tom... — gimo.

El placer que siento no es comparable a ningún otro que haya podido sentir anteriormente. Ni siquiera Dexter, que me conocía desde hacía muchísimo, había sido capaz de hacerme sentir tantas sensaciones. Tom aprieta el ritmo, entrando y saliendo cada vez más fuerte mientras su respiración se vuelve brusca, ronca. Su aliento choca contra mi piel y sus manos me aprietan los senos con fuerza. Siento el orgasmo alcanzándome, haciéndome vibrar y temblar mientras él estalla en mi interior.

Y durante unos largos segundos, ni siquiera soy consciente de qué ha

sucedido. Lo único que mi cabeza procesa es un exclamación interna que grita “¡guau, ha sido asombroso!”.

— Creo que hemos hecho mucho ruido... — señala con una pequeña risita que evidencia lo poco que le importa.

Yo guardo silencio, procurando apreciar si hemos despertado a alguien.

— Puede... — murmuro.

Él me estrecha entre sus brazos y yo siento que, en cualquier momento, me voy a derretir.

— ¿Te importa si paso la noche aquí? Es mejor que nadie me vea paseándome a estas horas de la madrugada por el pasillo.

No me lo pienso dos veces antes de decirle que sí.

Nos acurrucamos en la cama y me sorprendo de lo fácil y cómodamente que mi cuerpo se adapta al de Tom. Él desliza sus brazos por mi cadera y me aprieta contra su musculoso cuerpo.

— Buenas noches, jefa...

— Buenas noches, Tom... — susurro.

Cierro los ojos y me concentro en la respiración del chico que tengo tras de mí.

Esta vez, mi pensamiento es totalmente diferente; el viaje ha resultado ser todo un acierto.

Unos minutos después, me quedo dormida sabiendo que, por primera vez en mucho tiempo, no soñaré con él. Al fin y al cabo, mi sueño se ha hecho realidad, ¿no?

# 13

— ¡Venga! ¡Arriba!

Los primeros rayos de sol me atacan cuando Mario abre las persianas sin piedad. Necesito unos segundos para comprender dónde estoy y con quién...

— ¿Por qué no eres capaz de llamar a la maldita puerta? — pregunto, indignada, mientras me giro para disculparme con Tom.

¡No puede ser!

Tom no está.

Lo que quiere decir que...

— ¡No me lo digas! — comienza Mario con una risita socarrona — . ¿Has vuelto a soñar con él? ¿De verdad?

¿Cómo demonios lo ha adivinado?

Indignada, cojo el almohadón que tengo bajo la cabeza y se lo lanzo. Mario lo esquiva sin esfuerzo y suelta una descomunal carcajada.

— ¿Sabes? Eres muy graciosa, Charlize Tremblay.

— ¿Sabes? Tú no eres nada gracioso, Mario a secas — grito, cada vez más enfadada — . ¡Lárgate!

Mi chofer se queda inmóvil, observando de arriba abajo, y yo siento cómo me voy enervando más y más por segundos.

— Ya sé que no es asunto mío, pero... ¿No crees que deberías mirártelo? La

verdad es que es bastante obsesivo.

—¡ He... dicho... que... te... largues! — vocifero, histérica, perdiendo los papeles.

— Ya voy, ya voy... — murmura, echando a caminar en dirección a la puerta.

Respiro, aliviada, cuando compruebo que el estúpido del chofer está a punto de marcharse.

— ¡Oh... Tom!... — suspira, burlándose de mí, antes de cerrar la puerta.

Me quedo a solas con mi respiración agitada y mis nervios a flor de piel. Compruebo que llevo el pijama puesto y de que no hay rastro de que Tom haya pasado por mi cama. Me agacho y huelo las sábanas. Por desgracia, únicamente huelen a mí.

— No puede ser... — murmuro, tapándome la cara con ambas manos.

Mario tiene razón; mi comportamiento comienza a ser sumamente obsesivo. Y los sueños son tan reales que empiezo a pensar que estoy perdiendo totalmente la cabeza. Hace menos de cinco minutos habría jurado sobre la tumba de mi abuela que Tom y yo habíamos hecho el amor, pero resulta que todo es producto de mi descabellada e hiperactiva imaginación.

Salgo de la cama y me dirijo a la ducha. Cuando voy a vestirme, pienso en el estado tan patético que mostré anoche y decido que hoy me esforzaré un poquito más por tener una buena imagen. Me pongo unos pantalones de vestir, unos taconitos, camisa y americana. Como no quiero pasar frío, me meto un abrigo bajo la americana y echo un vistazo superficial a la imagen que me devuelve el espejo. Casi perfecta. Recojo mi cabello rubio en una cola de caballo y, con los ánimos un poco más recargados, salgo de la habitación.

No soy realmente consciente de lo mucho que me duele el tobillo hasta que empiezo a bajar las escaleras. Caminar con tacones, además, no facilita ni ayuda a que duela menos.

“No importa”, me digo a mí misma, “para estar guapa hay que sufrir un poquito”.

Me sorprendo al comprobar que soy la primera en bajar a desayunar. Mario y su abuela ya están abajo, pero claro, ellos no cuentan. Estoy segura de que los habitantes de este pueblo amanecen antes de que haya salido el sol.

— ¿Café? — pregunta la abuela de mi chofer.

Yo asiento con la cabeza y, guardando la compostura y fingiendo que no me duele ni un poquito el pie, camino hasta la mesa redonda en la que Sherlyn y Tom compartieron tantas risas la noche anterior.

Mario se acerca a traerme la taza de café y, cuando me ve, se echa a reír como un loco. Con esa risa tan exagerada se ha encargado de despertar a cualquiera que continuase durmiendo a más de dos kilómetros a la redonda.

— ¿Qué? — escupo, hastiada — . ¿Qué te hace tanta gracia?

Él me señala.

— Tú me haces gracia — asegura, aún riéndose levemente.

Cruzo los brazos en jarras esperando alguna respuesta más.

— Vamos a la montaña, Charlize Tremblay, creo que deberías de considerar nuevamente tu atuendo.

Veo cómo su abuela, al fondo de la estancia, sacude la cabeza en señal de negación.

— Así voy perfecta — afirmo, sin siquiera mirarle a la cara.

Intenté viajar con ropa cómoda y terminé siendo el hazmerreír de Sherlyn. No pienso repetir la experiencia. Además, no le daré el gusto a Mario de ver cómo termino cediendo y dándole la razón. Eso ni loca.

¿Acaso Jack Ackerman no tenía a nadie menos insoportable para guiar este viaje?

Mientras caliente mis manos frotando la taza, un hombre irrumpe en la estancia. Como es costumbre en Bulnes, no llama a la puerta. Mario y la abuela saludan al desconocido que lleva una bolsa pesada y un animal muerto en sus manos. ¡Por Dios! Creo que el bichillo es un pobre pollo, pero tampoco estoy tan segura.

Los tres cuchichean algo en voz baja. Después, me miran. El recién llegado

me señala con descaro y sin ocultar un gesto de asco, así que empiezo a creer que los malos modales son propios de lugares incivilizados como este.

— ¡La comida! — dice Mario con una sonrisa, levantando al bichillo muerto en alto.

— Por el amor de Dios... — susurro, apartando la vista de ellos.

¿Acaso podía esperar otra cosa en un pueblo al que no se puede llegar por carretera?

Mario camina hasta la mesa y coloca frente a mí un plato con una masilla blanca.

— ¿Qué es? — pregunto, sin poder ocultar la desconfianza que siento.

— ¿Qué va a ser? ¡Queso de Cabrales!

“¡Claro! ¡Cómo no! ¡Queso de Cabrales!”.

— Ya... — murmuro, procurando no parecer desagradecida.

— Deja de quejarte y desayuna — me ordena.

Una vez más, la rabia que siento hacia él amenaza con salir a la luz. Estoy a punto de estallarle el plato con queso en la cara, pero me contengo porque la abuela y el hombre desconocido me están observando con cara de pocos amigos. Temo terminar como ese pobre pollo y que me metan en un cazo, así que hago de tripas corazón y me llevo un tenedor con queso a la boca.

— ¿Y bien? — inquiera Mario — . Lo hace mi padre — añade, señalando al hombre desconocido.

¡Oh, no!

Intento dibujar la mejor de mis sonrisas antes de responder.

— Buenísimo — aseguro intentando sacar a flote mis escasos dotes como actriz.

Mario asiente y, sin decir nada más, se aleja hacia su familia.

Unos minutos después, Sherlyn aparece para desayunar y sospechosamente, Tom la sigue. Un escalofrío de rabia y horror recorre mi organismo cuando

mi masoquista mente piensa que esos dos podrían haberse liado. Eso, por desgracia, sí que sería una auténtica pesadilla.

— ¿Qué tal has dormido, Charlize? — murmura la arpía tonta, sentándose a mi lado — . ¡Café y tostada, por favor!

“¿Tostada? ¿Acaso se podía escoger?”, pienso, mientras clavo la mirada en mi plato de queso.

— ¿Queso para desayunar? — inquiera Tom con el ceño fruncido.

La asquerosa de Sherlyn también mira mi plato.

— Vaya elección... — señala, soltando esa risita que tanto me desquicia.

Desde luego, el viaje no terminará nada bien.

# 14

Nada más salir de “La casa del puente” me arrepiento del atuendo que he escogido. Además, es curioso, porque justo hoy Sherlyn ha elegido vestirse de una forma simple y deportiva y, una vez más, parezco estar totalmente fuera de lugar.

Tom, aunque vaya muy simple y montañés, está igual de guapo que siempre.

— ¿Qué te parece esta localización, jefa? — me pregunta Tom, colocándose junto a mí mientras caminamos por un sendero rocoso.

Entre el dolor del tobillo y los tacones, esto se está tornando un verdadero infierno. Espero regresar rápido a la casa de la abuela y poder ponerme algo más reconfortante.

— Me parece todo muy bonito — aseguro, haciendo un esfuerzo por sonreír — . ¿Has traído la cámara?

Él asiente.

— Sherlyn dice que deberíamos fotografiar el pueblo y los picos desde los miradores más famosos. Para grabar el spot es posible que se necesiten diferentes ángulos en las tomas.

“¿Sherlyn? ¿Y qué diablos me importa a mí lo que diga Sherlyn?”

— Puede ser — corroboro, procurando parecer agradable.

— Mejor me adelanto para comentar con ella la escenografía del mirador al que nos está llevando Mario — me dice, justo antes de darme un pequeño golpe en brazo.

— Sí, claro, perfecto... — murmuro, desquiciada, viendo cómo tanto Mario como Sherlyn me van sacando más y más distancia.

Pensar que Tom también se unirá a ellos no resulta, precisamente, un consuelo.

— ¡Por cierto, jefa! — exclama cuando comienza a adelantarse —, hoy estás realmente radiante.

Nada más decirlo, me guiña un ojo y echa a caminar a paso ligero hacia los otros dos. Mi corazón se acelera al instante y, por primera vez desde que hemos abandonado el calor de la casa, tengo la sensación de que el sufrimiento por ir en tacones ha merecido la pena.

Me quedo a solas con mis pensamientos durante todo el camino.

Si Mario me hubiese dicho que íbamos a caminar durante kilómetros y kilómetros, obviamente, no me hubiese puesto estos zapatitos de “mírame y no me toques”. Además, el jersey debajo de la americana no sirve de nada. Estoy congelada. Y creo que el esguince de mi pie empieza a ser algo mucho más serio.

Procuro no refunfuñar en voz alta para que los de delante no me escuchen, pero la verdad es que cada vez estoy de peor humor. Cuanto más subimos la montaña, más frío hace. E incluso el pueblucho de Bulnes resulta un lugar acogedor en comparación con este paraje salvaje.

Mario se queda atrás, supongo que para esperarme, y Sherlyn y Tom continúan hacia delante. Veo sus espaldas caminar a la par, demasiado cerca para un par de compañeros. “No seas idiota”, me digo a mí misma. Es más que evidente que esos dos no tienen nada.

— Están liados, ¿no crees? — me dice Mario.

Una vez más, parece que tiene un súper poder para adivinar mis pensamientos.

— ¡Desde luego que no! — exclamo, como si el comentario resultase ofensivo.

— ¡Ah, claro! Casi se me olvida... — murmura con un tono de voz jocoso.

Suspiro hondo y me digo a mí misma que no le siga el juego. Pero soy

incapaz.

— ¿El qué? — pregunto, cayendo en su red.

Mario sonrío con tanta malicia que con solo verle la cara siento impulsos de pegarle un puñetazo.

— Que estás enamorada del guaperas — dice, señalando a Tom con el dedo índice — , ya sabes...

Sin pensármelo dos veces, golpeo su mano para que deje de señalar a Tom. Lo último que necesito es que se gire y nos pille cuchicheando sobre él.

— ¿Alguna vez te han dicho que eres muy agresiva?

— No soy agresiva — escupo de mala gana.

Me doy cuenta de que mi tono de voz sí que ha sonado agresivo y resoplo.

— Pero es que consigues desquiciarme — aclaro, procurando no dejar dudas.

Mario se encoge de hombros y asiente.

Unos minutos después, Sherlyn se gira y pregunta si debe de tomar un desvío a la derecha. Nuestro guía le indica que continúe recto y tanto ella como Tom continúan adelantándose hasta que casi les perdemos de vista. La rabia me corroe. Yo debería estar en el sitio que esa arpía está ocupando ahora mismo.

— ¿Te puedo hacer una pregunta indiscreta? — inquiera mi chofer.

— No — refunfuño sin modales, hastiada.

Casi era mejor cuando caminaba sola.

Al menos, el paso ligero que llevamos impide que muera congelada. A pesar de ello, lo estoy pasando bastante mal; tengo los labios morados, los dientes me castañean con fuerza y no siento la punta de la nariz. Además, el sendero por el que caminamos está cubierto de una ligera capa de nieve que poco a poco se va infiltrando en el interior de mis zapatos. El lado bueno es que con este frío no me huelen los pies. El lado malo es que tampoco los noto cuando camino y presiento que, nada más regresar a la casa, tendrán que llamar a un médico y amputarme ambas extremidades.

— ¿Alguna vez os habéis acostado o son solo fantasías? Ya sabes... El guaperas y tú...

Esta vez, sí.

Con la palma abierta, le zurro otro buen guantazo en el brazo.

— ¿Acaso te importa?

Mario sonrío.

— La verdad es que tengo mucha curiosidad, sí — me dice, mirándome fijamente — . Bueno, si no me lo quieres contar, lo adivinaré yo mismo...

Se queda observándome de hito a hito y, al final, sacude la cabeza de un lado a otro mientras murmura algo parecido a “muy mal, Charlize”...

— ¿Qué? — me defiende, indignada porque haya alcanzado sus propias conclusiones.

— Que no ha querido acostarse contigo...

— ¡No es verdad! — exclamo, todavía más indignada si cabe — . Yo no lo he... intentando — resumo, procurando encontrar las palabras correctas — . Ya sabes, soy su jefa. Siempre he pensado que debía de mantener las distancias.

— ¿Esa es la verdadera razón?

— Bueno... — admito, dubitativa — , y porque no creo que me convenga alguien como él... ya sabes.

— Un mujeriego — señala Mario — , no crees que te convenga un mujeriego.

— No es un mujeriego... Solo es... — comienzo, rebuscando la expresión y el adjetivo más adecuado — , muy guapo. Eso, muy guapo.

Estoy a punto de añadir algo más a la descripción de Tom cuando, de pronto, mi bonito e incómodo zapato se hunde en algo caliente y blando. Bajo la mirada hacia él mientras la risa de Mario resuena haciendo eco en toda la montaña.

— Genial... ¡GENIAL! — grito, casi histérica, mientras saco el pie de la

caca de vaca — . ¡Fantástico!

Sherlyn y Tom se detienen, a lo lejos, y nos preguntan con un gesto si todo va bien. Les digo de la misma manera que continúen su camino, porque la verdad es que lo último que me apetece es que Tom me vea con un pie repleto de caca. ¡Genial!

“Esto es increíble”, pienso, asqueada. Para una vez que no me preocupaba el olor de mis pies, voy y meto los zapatos en caca.

Mario, muerto de risa, se ha agachado y se aprieta la barriga.

— ¿Te parece divertido? — le pregunto, enfadada y a punto de echarme a llorar.

Él intensifica el sonido de sus carcajadas y yo siento cómo el impulso de patearle el trasero crece aún más.

— Sí, ya... Te parece divertido... — murmuro, mientras un millar de malos pensamientos cruzan mi mente.

Lo peor de todo es que esos pensamientos están tan descontrolados que no soy capaz de resistir el impulso de llevarlos a cabo.

“Total, ya huelo mal y estoy manchada”, me digo a mí misma mientras me agacho y cojo un pedazo de la caca con la mano.

— ¡Pero qué haces! — grita Mario, observándome cómo las vacas al tren.

— ¿Te parece divertido, no? — pregunto, justo antes de estampar la mano contra su cara.

De pronto, Mario deja de reírse.

Me quedo muy seria observando su rostro manchado hasta que, finalmente, la que es incapaz de contener la risa soy yo. Salto en carcajadas, sin poder controlarme.

— Lo que acabas de hacer no es divertido, Charlize Tremblay, es realmente asqueroso... — asegura muy serio mientras, con las manos, se retira la caca del rostro — , muy, muy asqueroso.

— ¿Ah, sí? A mí me ha parecido muy divertido... — mascullo, mientras que con una hoja y un bloque de nieve comienzo a limpiarme el zapato.

— Estoy seguro de que no te ha parecido divertido.... — dice, aún con ese tono serio y enfadado.

— ¿Sabes qué, Mario? Es lo más divertido que me ha pasado desde que he pisado España — aseguro, incapaz de no reírme.

— ¿Ah, sí? Así que esto es una guerra... — dice en voz baja — , ¿una guerra de caca?

¡Oh, Dios mío!

Veo cómo retrocede para coger algo del suelo y, sin pararme a rezar porque no sea lo que creo que es, me olvido del zapato, del dolor del tobillo y del frío y echo a correr sendero arriba mientras grito como una loca y Mario me persigue.

Cuando alcanzamos a Sherlyn y Tom, ambos nos miran como si nos hubiéramos vuelto locos.

— ¿Qué... tienes en la cara? — le pregunta la arpía a Mario cuando pasa cerca de ella.

El español de Sherlyn es tan malo que no puedo evitar verla como un ser patético y estúpido cada vez que abre la boca.

Mario, jocosamente, le guiña un ojo mientras se apoya sobre sus rodillas para recuperar la respiración.

— No quieras saberlo, rubia — le dice, justo antes de guiñarme un ojo a mí.

A pesar de mi pie sucio, del frío y de que voy casi descalza, no puedo evitar una carcajada.

# 15

Una vez, hace mucho muchísimo tiempo, leí en un libro que la vida es un cúmulo de lecciones del que uno debe sacar partido. Si te equivocas, debes de aprender. Si fallas, debes acertar en el futuro. Y de esa manera las personas se van desarrollando a sí mismas hasta que, un día, son quienes quieren ser.

Yo no sé si tengo claro quién quiero ser, pero he descubierto en mitad de una guerra de caca de vaca quién no quiero ser. No quiero ser, en absoluto, un reflejo de esa arpía asquerosa que tengo delante.

— Tengo que admitir, Charlize Tremblay, que así vestida, casi pareces una persona normal — me dice Mario, justo antes de sentarse junto a mí en la mesita circular.

— Tengo que admitir, Mario a secas, que a veces, incluso, puedes llegar a caerme bien.

El chico sonrío, justo antes de indicarle a su abuela que se siente junto a nosotros.

Tom y Sherlyn aún están cambiándose en sus habitaciones. Aunque no quiero pensar nada raro sobre ellos, resulta preocupante la repentina sincronización que están teniendo durante el viaje.

— No iras a declararte hoy, ¿no? — pregunta al ver la expresión con la que estoy observando las escaleras.

— No. No voy a declararme porque no estoy enamorada de él — especifico, hastiada con los comentarios — . Sólo me parece un chico atractivo, nada más.

La abuela de Mario parece ajena a nuestra conversación mientras se calienta las manos en el fuego de la chimenea.

— No te merece — asegura, dejándome boquiabierta ante su comentario — , tú no eres como ellos dos.

— ¿Ah, no? — inquiero, intentando no saltar en carcajadas — . ¿Y eso cómo lo sabes?

— Tú no eres superficial y absurda — dice, justo antes de guiñarme un ojo y levantarse de la mesa — . Puedes conseguir a alguien mucho mejor, Charlize Tremblay.

Sacudo la cabeza en señal de negación y me levanto junto a Mario para ayudarle con las tazas de té.

— Mañana nos iremos a Galicia. Hay otro escenario que nos han pedido fotografiar — dice, cogiendo la tetera con un trapo — . Creo que ahí se separarán nuestros caminos.

— ¿Mañana? ¿A Galicia?

Me siento una auténtica idiota cuando, mentalmente, intento situar el lugar en el mapa de España. Lo único que tengo seguro es que también está en el norte del país.

— Sí, así es.

— ¿No se suponía que pasaríamos aquí los siguientes días?

Mario se encoje de hombros.

— Hace un rato ha llamado Ackerman para notificarnos los cambios de planes — señala, guiñándome un ojo — . Al parecer, su socio tiene prisa por ver las primeras localizaciones.

— ¡Increíble! — exclamo, nuevamente indignada con él — . ¿Has hablado con Jack?

Mario suelta una risotada.

— Aunque no te lo creas, existen los teléfonos por satélite...

— ¿Y por qué no me lo has dicho antes? — inquiero, enfadadísima, gritando un poco más de lo debido.

Justo en ese instante, los cuchicheos de Sherlyn y Tom me distraen. Me giro hacia ellos y los veo bajar las escaleras, juntos. Hay que ser realmente estúpido para no ver la complicidad que desprenden y, vuelvo a repetirme a mí misma, que a pesar de todo Tom no me conviene. Quizás esto sea lo mejor. Quizás esta sea la mejor manera de sacármelo de la cabeza.

— Hazme caso, es un estirado — asegura Mario, risueño.

Pero la verdad es que no estoy de humor y creo que, con este último golpe, ya he tenido más que suficiente.

— Creo que me voy a ir a dormir — murmuro, agachando la cabeza mientras me dirijo a las escaleras.

Sherlyn y Tom ocupan los sitios que Mario y yo hemos dejado libres en la mesa circular al levantarnos. Ambos se sientan, ajenos al resto de los presentes, y continúan con su charla. Aunque intento pasar de largo sin que me afecte, inconscientemente agudizo el oído para prestar atención.

— ¿De verdad dijo eso?... — susurra en voz muy baja Sherlyn — ... ¿En el avión? ¿Durmiendo...?

Incrédula, lanzo una mirada hacia Tom.

No puede ser verdad. No puedo creer que le esté contando que yo... No, no puede ser.

Entonces Sherlyn alza la mirada, se queda contemplándome unos segundos y después se echa reír en el hombro de Tom.

Sé que soy la jefa y que debería actuar con autoridad pero... Pero no puedo. La vergüenza que siento ahora mismo es demasiado grande.

Cuando cierro la puerta de mi habitación y la soledad me invade, me echo a llorar. No lloro de pena, si no de rabia. No puedo creer que Tom me escuchase soñar con él... Pero lo peor de todo, lo que más me cuesta creer, es que haya compartido algo tan íntimo y bochornoso con Sherlyn.

— Venir aquí ha sido una muy mala idea... — me digo a mí misma en voz alta.

Quería sacarme a Dexter de la cabeza, ¿no? ¡Pues misión conseguida!  
Pero ahora tengo otro problema mucho más grande, y es que Tom se ha metido en mi subconsciente con más fuerza de la que creía posible. Y además, Mario tiene razón; es otro idiota superficial como Sherlyn. Todas esas patéticas historias de su familia, de que su madre tiene miedo a volar, no eran más que sandeces para hacerme la pelota y ascender con rapidez. Supongo que lo único que pretendía, tanto entonces como en la boda, era ganarse la confianza de su jefa. Nada más.

A pesar de estar sola en la habitación, me siento asfixiada. Me apresuro a abrir la ventana y saco la cabeza al exterior en busca de una bocanada de aire fresco. El frío me da la bienvenida erizando el vello de mi piel, pero no me importa. Necesito respirar y volver a conectar conmigo misma. Me quedo absorta contemplando los primeros copos de nieve que caen sobre la tierra. Algunos de ellos se mantienen flotando en el aire, balanceándose un rato más largo que los demás. Estiro el brazo, abro la palma de mi mano y espero hasta que varios chocan y se derriten sobre mi piel. Debo confesar que, a pesar de mi sorpresa inicial, Bulnes es muy bonito. En realidad, es realmente precioso. Estoy convencida de que esta será una localización perfecta para grabar el spot de nuestro cliente y así convencerle para que se asocie a la empresa.

El sonido de la puerta de mi habitación abriéndose llama mi atención. Como no, es Mario. Sigue siendo la única persona en esta casa que no tiene modales e irrumpe sin antes avisar.

— ¿Qué haces aquí? — inquiero de malas formas.

Hoy no es el mejor de mis días.

— Vengo a traerte esto — dice, dejando un enorme teléfono inalámbrico sobre la cama —, y no te enrolles, que las llamadas están muy caras — añade, antes de darse la vuelta y de desaparecer por el mismo lugar por el que ha venido.

¡Por fin voy a poder hablar con Lindsay!

Prácticamente me abalanzo hasta el teléfono. Marco su número de memoria y espero mientras los tonos se reproducen uno detrás de otro hasta que la voz de mi amiga aparece al otro lado de la línea.

— ¡Oh, Lindy, menos mal! — exclamo, aliviada.

Mi día no podía ser peor, no, pero al menos ha mejorado un poquito.

— ¡Charlize! ¿Cómo va todo por la montaña? — inquiera con un tono jocoso — , Jack me pregunta si ya has conocido a su amigo Mario...

Rápidamente, le hago un breve resumen de los últimos acontecimientos. Le explico que no he podido librarme de Sherlyn y que me he torcido un tobillo, pero evito contarle lo de los sueños eróticos con Tom. Tengo la firme convicción de que si Lindsay se enterase de ese detalle terminaría encerrándome en un psiquiátrico.

Ella, en cambio, me cuenta quién es Mario. O, mejor dicho, de qué se conocen él y Jack. Al parecer, la madre de Mario era americana y él nació en tierra estadounidense — eso explica su inglés tan perfecto y su aspecto poco español — . Estudió con Jack en la infancia hasta que su madre falleció por una enfermedad y su padre regresó a Asturias. Desde entonces, Jack ha contado con su familia en cada ocasión que ha surgido y han conservado la amistad a pesar de la distancia y de los años.

— Estuvo en la boda — me cuenta Lindsay, restándole importancia al asunto — . ¿Por qué te interesa tanto?

— La verdad es que al principio no me ha parecido demasiado simpático... — confieso, un poco avergonzada.

Tengo que admitir que a pesar de todo, hoy me ha sacado más de una sonrisa.

Quince minutos después, cuando mi amiga ya me ha relatado con detalles su perfecta luna de miel, corto la llamada con una sonrisa de oreja a oreja. No hay terapia mejor que una buena charla con Lindsay o con Cora.

# 16

El viento cada vez sopla con más fuerza, sacudiendo las ventanas de mi habitación. Tengo serias dudas sobre si la estructura de esta casita “del puente” será capaz de soportar la tormenta que está teniendo lugar en el exterior. El pueblo de Bulnes ha quedado taponado por un centenar de nubarrones que se han instalado en el hueco que la montaña forma para proteger a la localidad. Esta vez, los picos que salvaguardan las casas se han transformado en sus carceleros.

Según mi teléfono móvil, ése que casi no tiene batería y cuya cobertura es inexistente, son las dos de la madrugada. Además, la luz de todo el pueblo se ha extinguido y hace rato que no se atisba ni una triste luciérnaga entre la penumbra. Congelada, abandono la protección de la cama y me acerco a la ventana. Tengo que admitir que parece el apocalipsis; todo está oscuro, el granizo y la nieve golpean la fachada de la casa y el viento sopla con tanta fuerza que tapona cualquier otro sonido que pueda haber. Casi extraño a los osos hambrientos.

— Venga, Charlize... Última noche aquí. Duérmete.

Vuelvo a la cama y me tapo con las mantas, pero hace tanto, tantísimo frío que soy incapaz de conciliar el sueño. Los dientes me castañean con fuerza y no siento los dedos de las manos, así que decido salir en busca de provisiones. Necesito más ropa de abrigo.

El viento se cuela por debajo de las puertas y una corriente fuerte y fría se ha formado en el pasillo de la segunda planta. A oscuras, adivino la que considero que será la habitación de la abuela y golpeo con fuerza la puerta. La mujer debe de estar acostumbrada a las tormentas, porque al parecer eso no le impide dormir profundamente. Golpeo nuevamente la puerta, esta vez con más fuerza, hasta que la voz de Mario se reproduce al otro lado.

— ¿Qué cojones quieres ahora? — grita de malas formas desde el interior del habitáculo.

Espero que me esté confundiendo con otra persona o se va a ganar un buen tortazo.

— ¡Vaya formas de tratar a un huésped! — exclamo, abriendo la puerta de par en par.

No le veo, aunque distingo su silueta erguida sobre la cama.

— ¡Ah! Eres tú... — murmura, prendiendo la luz de una vela.

— ¿Y quién pensabas que era? — susurro desde la puerta, esperando no despertar al resto de la casa con la conversación.

— La estúpida de la rubia — escupe con desprecio y, no sé por qué, el odio que transmiten esas palabras hacia mi compañera me ponen de un repentino buen humor.

— Estoy congelada — le digo, esperando que pueda brindarme un par de mantas más.

— Pues habla con ella. Se ha llevado todas las mantas... Y cuando digo todas, es todas — murmura de mal humor.

Me alegra saber que no soy la única persona a la que Sherlyn logra desquiciar.

— Oh..., pues..., nada... — tartamudeo, pensativa, mientras cierro la puerta y regreso a la corriente del pasillo.

¿Cómo diantres voy a pegar ojo con este temporal y este frío? ¡Es imposible! Me imagino a la arpía asquerosa tapadita con mil mantas y calentita, durmiendo plácidamente con sus taponés y su antifaz. Espero que se le congele la punta de la nariz y se le caiga del frío.

Disgustada, regreso hasta mi habitación y vuelvo a meterme bajo las mantas. Salir de la cama no ha resultado ser una buena idea porque, antes, al menos, estaban un poco templaditas de mi propio calor corporal. Ahora vuelve a estar congelada y dudo que consiga atemperarla lo más mínimo.

Me siento sobre el colchón, doblo las mantas por la mitad para hacer una

capa más gruesa y me tapo con ellas. Así no se está tan mal, aunque sospecho que dormir sentada será bastante incómodo.

Sin llamar a la puerta — como es habitual en él — Mario irrumpe en la habitación. Me giro y le veo con la manta de su cama arrastras y el candelabro sujeto en una mano.

— ¿Qué haces? — le pregunto, frunciendo el ceño.

Él no responde. Camina hasta mi cama, tira la manta sobre el colchón y deja el candelabro con la tenue llama amarillenta sobre la mesita de noche.

— Hazme un hueco, venga... — exige, sentándose en mi cama.

— Pero..., ¿qué haces? — repito, intentando echarle a manotazos — . ¡Sal de mi habitación!

— Es absurdo — me dice, cruzándose de brazos — , ¿para qué vamos a pasar frío si podemos impedirlo?

— ¡No pienso dormir contigo! — exclamo, indignada.

— Charlize Tremblay — me dice, acurrucándose junto a mí y deslizando la manta sobre nosotros — , deja de ser tan ridícula. Solo quiero dormir sin morir congelado, y la estúpida de la rubia se ha llevado hasta mis mantas.

Al final me resigno y asiento porque, por mucho que intente resistirme, tengo que admitir que nada más sentarse a mi lado me he sentido mejor.

— ¿Vamos a dormir sentados?

— Sí, y no es discutible — señalo, justo antes de acurrucarme a un lado sobre la almohada — , buenas noches, Mario a secas.

— Buenas noches, Charlize Tremblay — dice, soplando para apagar la luz de la vela.

El silencio y la oscuridad nos envuelven.

Siento la piel caliente de Mario contra mi cuerpo y tengo la sensación de que ahora sí me siento a gusto.

— No se te ocurra roncar — amenazo mientras mis párpados se van cerrando poco a poco.

— No se te ocurra soñar con Tom — me recrimina él, y aunque no le veo, puedo adivinar que tiene una sonrisa en el semblante.

# 17

Es de día.

Hoy no ha venido nadie a despertarnos porque, según veo desde la cama, todavía no ha dejado de nevar. Aunque debo admitir que lo peor de la tormenta ya ha pasado y que la casa ha dejado de balancearse peligrosamente. Mario está a mi lado, dormido. O eso creo. Me siento tan calentita y a gusto que no quiero mover un solo músculo de aquí. Además, después de los últimos días, necesitaba descansar y remolonear en la cama hasta altas horas de la mañana.

Me fijo en el chico que tengo a mi lado. Debo admitir que es como una estufa, así que su plan de darnos calor mutuamente — ¿por qué suena tan rematadamente mal? — ha funcionado a la perfección. Es increíble pero me siento bien. Mejor que bien. Me siento... ¡genial!

Me fijo en que Mario se ha destapado mientras dormía. Tiene la camiseta levemente subida, dejando a la vista sus fuertes y musculados brazos. Es increíble, porque viéndole vestido jamás habría adivinado que detrás de tanta ropa fea de montañés se escondía esa sexy fachada... Sacudo mi cabeza, borrando esa imagen de mi mente y pensando que ya tengo más que suficiente con superar mis sueños con Tom como para sumarles un protagonista nuevo.

— ¿Quieres que te diga una cosa? — murmura Mario con la voz medio dormida.

— Buenos días, oye... — respondo con una leve risita.

— Bueno, en realidad son dos cosas.

Espero que una no sea “has soñado con Tom y nos hemos enterado todos”.

— Dispara...

¿Acaso tengo elección? Sospecho que va a decir las me guste o no.

— La primera es que tus pies huelen a queso de Cabrales — me dice con la voz ronca y seria.

— ¡¿PERDONA?! — exclamo, saltando de la cama.

Me siento irritada y avergonzada por partes iguales.

— Eso, lo que te he dicho. Que tus pies huelen a queso de cabrales — repite con un tono de voz jocoso esta vez. Al parecer, ya se ha despertado del todo.

— Eso es mentira — señalo, aunque sé que tiene más razón que un santo.

¡Malditos pies!

— Si te sirve de consuelo — continúa Mario, divertido — , a mí me encanta el queso de Cabrales.

— Vaya consuelo...

Al final, resignada, me siento en los pies de la cama. En fin, es algo con lo que tendré que lidiar. Durante nuestros años de noviazgo Dexter me regaló mil espráis diferentes anti sudoración y anti olores y ninguno de ellos sirvió para solucionar mi problema. Así que, como dice Mario, lo mejor será que empiece a gustarme el queso de Cabrales.

— La segunda parte es que hoy no te he escuchado gemir como a una gata — dice, carcajeándose de mí.

No puedo evitar soltar una risotada y lanzarle un cojín a la cara.

Entre risas, Mario se arrastra hasta llegar a mí y se sienta a mi lado. Nos miramos de reojo levemente y mi cabeza es incapaz de no pensar que, tal vez, un chico como él sí que me convendría en la vida. Alguien con corazón, con costumbres, sin miedos y sin prejuicios. Alguien capaz de hacerme reír, abierto al mundo, capaz de coger una caca de vaca con la mano y de mostrarse ante las personas tal y como es. Alguien que no tiene miedo de ser

ni decir quién y qué quiere ser.

— ¿Estás pensando en el guaperas? — inquiera, mirándome fijamente.

Trago saliva. De pronto, me siento extraña.

— No... — aseguro con un hilillo de voz.

— ¿Y en qué piensas? — pregunta, aún con la mirada clavada en mí.

¿Por qué, de pronto, siento esto?

Es extraño, como si algo en mi interior hubiera hecho “click”. Como si mi corazón hubiese dado una voltereta y habría caído del revés. Como si por fin pudiera ver la vida tal y como es y ella me viera a mí, tal y como soy.

— Pienso en ti... — murmuro con un cosquilleo en el estómago.

Ni siquiera pienso en lo que estoy haciendo. Me acerco a él lentamente. Siento la electricidad que se forma entre nosotros, vibrando. Poso mis labios en los suyos con la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, algo que me pasa es real. No hay duda de si es un sueño o no, de si despertaré. Y en realidad, también me es indiferente. Lo único que sé es que ahora mismo estoy en el lugar que quiero estar, besando al chico que realmente quiero besar. Mario levanta su mano y sujeta mi barbilla delicadamente mientras me devuelve el beso hasta que el instante se rompe gracias a los gritos de la arpía.

— ¡QUIERO SALIR DE AQUÍ!

¿Cómo es posible que la voz de pito de Sherlyn traspase paredes y pisos?  
¡Dios santo! ¡Esa mujer es insufrible!

— Lo siento... — murmuro tímidamente, apartándome de él.

— No, no lo sientas. Me ha gustado — admite, aún con esa intensa mirada clavada en mi rostro — , ya te lo he dicho... Me gusta el queso de Cabrales y... el aliento de ogro.

— ¿Qué? — inquiero, antes de saltar en tremendas carcajadas — . ¡Mi aliento no es de ogro!

— ¡Dios! ¡Es peor que el de un ogro! — asegura, riéndose conmigo.

— ¡SACARME DE AQUÍ! — continúa gritando a pleno pulmón Sherlyn.

— Mejor bajemos — admite Mario, poniendo los ojos en blanco — , antes de que mi querida *güela* decida tirar a esa bruja por el tejado... — añade, levantándose de la cama y frotándose los ojos.

Yo niego rotundamente.

— ¿Y por qué no dejamos que la tire por el tejado? Sería una buena forma de librarnos de ella.

Mario, con su buen humor, sacude la cabeza y se acerca a la puerta.

— ¿Crees que voy a necesitar refuerzos para hacerla callar? — me pregunta, justo cuando Sherlyn suelta otro grito más.

— Te acompañaré, por si acaso...

Cuando bajamos abajo, la abuela de Mario nos dice que la rubia parece un cerdo en el matadero. O algo así; porque la verdad es que dado su escaso castellano no soy capaz de entenderla muy bien. Sherlyn está sentada en el suelo; como es habitual, su pelo está peinado de forma perfecta y ya está maquillada y vestida. Eso sí, está llorando. Yo, en cambio, voy vestida con un pijama andrajoso, tengo ojeras y mi pelo parece más propio de un león.

— No sabía que pudiera llorar — admito, incapaz de contener una risita al ver a Sherlyn en ese estado — . ¿Alguien sabe qué es lo que le ocurre?

No quiero ser cruel, pero tampoco puedo evitarlo. Lo siento.

— Jefa — me llama Tom, dedicándome una espléndida sonrisa de buenos días — , estamos atrapados. La nieve taponas las salidas de la casa.

— ¿Y qué? — inquiera Mario, incapaz de encontrar el problema en la ecuación — . Es normal, hemos pasado una tormenta.

— ¡Necesito salir de aquí, por favor...! — gimotea Sherlyn como una niña pequeña.

— ¿Pero qué diablos ocurre?

— Dice que tiene claustrofobia o algo así — admite Tom — . Le crea ansiedad estar encerrada.

Mario sacude la cabeza con exasperación.

— Genial, lo que nos faltaba...

De pronto, la abuela de Mario empieza a reírse sin venir a cuento. Señala a Sherlyn con el dedo índice mientras se aprieta la barriga con la otra mano y comienza a reírse. Tiene una risa entrañable, no malvada, así que termina contagiándoseme. Incapaz de soportarlo, me uno a sus risotadas hasta que el ambiente comienza a suavizarse.

— Pronto pasará todo, os lo aseguro — dice Mario, dirigiéndose más a mí que al resto — , además, el funicular tampoco funcionará y no podríamos llegar andando a ninguna parte.

Sherlyn, que no parece tan feliz como el resto, se levanta de mala gana y camina hacia mí con los brazos en jarras y un gesto de repugnancia.

— Siempre has sido la más patética de la oficina, Charlize — escupe, rabiosa y totalmente fuera de control — . ¡Así que sácame de esta casa y deja de reírte de mí ahora mismo!

Todos dejamos de reírnos.

— Sherlyn, no te das cuenta, ¿verdad? Aquí... mando yo — le respondo con voz seria y calmada.

Me mira con un gesto de desprecio y deslealtad, como si estuviera retándome.

Ella sacude la cabeza con indiferencia, le lanza una mirada cómplice a Tom y, apartándose con un manotazo, camina con paso acelerado escaleras arriba. Todos nos quedamos en silencio, asimilando la escena. Nos miramos de reojo hasta que el primero actúa. Es Tom. Con un gesto abatido, se dirige escaleras arriba en busca de Sherlyn.

Me digo a mí misma que ni ella ni él merecen la pena y que durante muchísimo tiempo he estado intentando engañarme. Pero eso no seguirá siendo así.

— ¿Cuándo podremos salir de aquí? — inquiero, mirando a Mario.

Él se encoge de hombros.

— Puede que esta misma tarde. Quizás mañana o pasado.

Yo asiento con seriedad.

— ¿Podrás encontrar a alguien que acerque hasta el aeropuerto a Sherlyn? Creo que acabo de decidir prescindir de ella.

Mario, finalmente, sonrío.

— ¿Es que podías hacer eso desde el principio? — bromea, alzando los brazos como si estuviera espantado — . ¿Por qué no lo has hecho antes?

Al final, tanto la abuela de Mario como yo rompemos en carcajadas. Es evidente que la mujer no sabe casi español y menos aún inglés, pero parece tan buena y entrañable que la sonrisa le sale sola.

— Venga, vamos a sentarnos — me ánima Mario — , mi güela ha hecho chocolate para entrar en calor.

No me lo pienso dos veces antes de asentir con la cabeza.

# 18

Pasamos la mañana y buena parte de la tarde de esa misma manera; sentados frente a la chimenea con un taza caliente entre nuestras manos. Nos reímos, hablamos de nada y de todo a la vez. Mario me cuenta cómo ha sido la vida en la montaña para su abuela y me sorprende comprobar que alguien escoja un camino tan rocoso a su propia elección.

— Ella sólo conoce esto — me dice, encogiéndose de hombros — . Aunque sea una vida dura, es lo que ella tiene y lo que quiere conservar. Sus padres y los padres de sus padres también vivieron de esta manera así que, de algún modo, siente que está en el deber de mantener la tradición.

Aunque no entiendo muy bien la razón que la lleva a alejarse de la civilización, asiento. Ella ha escogido su camino y debe respetarse.

— ¿Y tú? ¿Seguirás con la tradición?

Mario se encoge de hombros y mira el fuego crepitante de la chimenea.

— A mí me gustaría crear mi propia tradición — admite al final — . Me gustaría dedicarme a algo relacionado con las montañas, sí, pero me encantaría encontrar mi lugar y alguien con quien crearlo.

Al final, me mira.

El beso que nos hemos dado esta mañana aflora en mi mente y tengo que recordarme que esta vez alguien más nos acompaña para no lanzarme a sus labios. ¿Por qué, de pronto, Mario me parece tan real y sincero? ¿Tan humano?

Hasta hace menos de un día había perdido la cabeza por Tom, pero ahora... Es como si me hubiera caído de la nube en la que me encontraba flotando. Como si de pronto hubiese visto la cara real que escondía el lobo feroz.

— ¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres en la vida?

La pregunta me pilla tan de sopetón que no sé siquiera qué responder.

— Yo... — murmuro, incapaz de encontrar una respuesta — . En realidad, no lo sé — admito, encogiéndome de hombros.

La abuela de Mario, por primera vez durante la última hora, se incorpora sobre su butaca y se encorva hacia mí.

— *Yes una bona muyer* — me dice, sujetándome por ambas manos.

Sonrío y asiento, sin entender qué diantres me habrá querido decir. Vale que pueda comprender a la perfección el español, pero el asturiano me parece un mundo totalmente diferente. Después se levanta del todo, se acerca a la ventana para observar el exterior y susurra otra frase que no llega a mis oídos.

— Dice que la entrada de la casa ya está despejada — me cuenta Mario, sonriéndome con ternura.

— ¿Eso es lo que me ha dicho a mí?

Él sacude la cabeza en señal de negación.

— A ti te ha dicho que eres una buena mujer — admite, asintiendo con la cabeza como si su abuela estuviera en lo cierto.

— Gracias... — murmuro, tragando saliva con timidez.

Mario se levanta de un salto, indicando con ese gesto que ha llegado la hora de ponernos en marcha. También se aleja hacia la ventana para comprobar lo que su abuela nos ha dicho y, después, grita que nos marchamos hacia Galicia en unos minutos.

Supongo que ha llegado la hora de avisar a Tom y a Sherlyn, así que yo también dejo mi butaca y me dirijo escaleras arriba. Toco la puerta de Tom, porque supongo que será más fácil enfrentarme a él que a la arpía. Espero unos segundos y, como no hay respuesta, vuelvo a golpear la puerta con más

fuerza. Al final, comprendo que ahí no hay nadie y, decepcionada, me dirijo a la habitación de Sherlyn. No necesito saber sumar dos más dos para entender que están juntos. Golpeo la puerta de la arpa y espero unos segundos.

— ¿Qué? — escupe de malagana.

Suspiro hondo.

— Nos marchamos a Galicia — digo en voz alta para que ambos me escuchen bien desde el otro lado de la puerta — . Tom, en dos minutos te estaremos esperando abajo. Sherlyn, puedes hacer la maleta más despacio... Te vuelves a Manhattan.

¿Por qué me siento tan mal si estoy haciendo lo correcto?

Suspiro y me alejo de la habitación con un nudo en el estómago. Supongo que, en realidad, no estoy hecha para dar órdenes y ser jefa. Además, nunca se me ha dado bien mandar a la gente y organizar a los grupos. Y enfrentarme a Sherlyn siempre me ha supuesto un grave problema.

Introduzco las cuatro cosas que tengo por la habitación en la maleta y me visto con un jersey de lana gordito, unos vaqueros y unas deportivas. Mi cabello dorado está enmarañado, así que decido atarlo en una coleta y no perder el tiempo en más tonterías. Al fin y al cabo, los aquí presentes ya me han visto de todas las maneras habidas y por haber — incluso repleta de caca de vaca — .

Al bajar las escaleras, me sorprende comprobar que el esguince de mi pie prácticamente ha dejado de dolerme. Tom ya está abajo y me mira con mala cara. Mario aún no ha preparado las cosas.

— Jefa... — dice escuetamente a modo de saludo.

— ¿Qué hay, Tom? — susurro en voz baja, apoyando la maleta en el suelo y cruzándome de brazos.

— Jefa... — comienza — , quería hablar contigo de lo de Sherlyn...

— ¿Si? — inquiero, un poco hastiada de que siempre sea igual con ellos.

Por primera vez, comprendo que traer a Tom a este viaje ha sido una pésima idea. Cualquiera de mis compañeros de la oficina me hubiese resultado de

mucha más utilidad. Él, en cambio, lo único que pretende es dar la cara por la arpía de Sherlyn.

— ¿No crees que la medida es excesiva? Es decir... ya estamos en España y solo queda una localización más.

Cojo aire, armándome de paciencia y de valor.

— No. No creo que sea excesiva — respondo de forma brusca y cortante — . Si no estás de acuerdo con mis decisiones, también puedes volverte a casa con ella.

Y dicho esto, no hay nada más que hablar.

Supongo que he dejado más que claro lo disgustada y decepcionada que me siento con él, pero es que no puedo evitarlo. Cuando le ofrecí este puesto creí que las cosas serían diferentes. Sí, no me voy a engañar; esperaba acostarme con él. Puede, incluso, que deseara que surgiera algo entre nosotros. Pero también creía que Tom sería un buen candidato para ayudarme en este recorrido, y no ha sido así.

Mario desciende con su bolsa de viaje y nos mira de reojo a ambos.

— ¿Todos listos? — pregunta, antes de darle un beso a su abuela y dirigirse a la puerta — . ¡Pues nos vamos!

El viaje de retorno, esta vez, resulta mucho más cómodo que el de ida. De camino al funicular el tiempo nos da una tregua y, a pesar de la nieve que rodea el camino, el sol nos saluda tímidamente entre las nubes del valle. El funicular, como bien había predicho Mario, funciona a la perfección y unos minutos después reaparecemos en los pies de la montaña, junto al coche de nuestro guía.

Nos esperan unas cuatro o cinco horas de viaje — eso si no hacemos ninguna parada por el camino — , y lo último que me apetece ahora mismo es pasarlas junto a Tom, así que me escabullo mientras ellos cargan maletas y me coloco en el asiento del copiloto.

— Es para que no te sobrepases con el volumen de la música — le digo a Mario con una sonrisa de oreja a oreja.

Asiente y nos ponemos en marcha.

El viaje se hace largo y como cabía esperar, no tarda demasiado en anochecer. En algunos instantes resulta imposible no marearse ligeramente, ya que la carretera se sucede en una curva detrás de otra — cada cual, además, más cerrada que la anterior — . A pesar de la intensa lluvia que ha comenzado a caer sobre nosotros, Mario conduce con la destreza de quien es conocedor del camino a recorrer. Y eso da tranquilidad. Mucha tranquilidad.

A ratos me permito conciliar brevemente el sueño. Otras veces charlo con Mario sobre asuntos banales, como el clima del norte de España, los dialectos e idiomas que se hablan en el país o sobre qué es lo que nos vamos a encontrar cuando lleguemos a Galicia. Tom, que parece enfurruñado y no muy feliz conmigo, no interviene en ningún instante y se pasa el camino tecleando sin parar en su teléfono.

Por fin, un poco después de la medianoche, llegamos al pueblo de Galicia que nos toca visitar; La Guardia.

# 19

Nos alojamos en una posada rural que está a los pies de la montaña — para no variar — .

Aunque esta vez, la estancia es más normal. La casa está regentada por una pareja joven que, a pesar de su acento gallego tan marcado, habla español a la perfección. Además, se puede acceder a ella a través de una carretera correctamente asfaltada y nos están esperando con una cena en condiciones.

Los tres nos sentamos en la mesa, aunque Tom continúa con su voto de silencio. En fin, no es que me importe, pero la verdad es que está terminando incomodándome un poquito.

— Mi padre ya ha dejado a Sherlyn en el aeropuerto — anuncia Mario, mirándome a mí.

Tom carraspea, señal de lo disgustado que está con el asunto.

Creo que ha llegado el momento de interiorizar que esos dos, a fin de cuentas, sí que estaban liados.

— ¿Alguna novedad más? — pregunto, intentando desviar el tema para que el ambiente no se tense aún más.

— Sí, mañana pronostican buen tiem...

— Me voy a la cama — interrumpe Tom, justo antes de levantarse de la mesa.

Mario y yo nos lanzamos una mirada.

Al parecer, no soy la única incapaz de comprender a qué se debe su reacción. Aunque supongo que es por Sherlyn, me parece que está siendo bastante exagerada.

— ¿Me vas a contar qué le pasa al guaperas? — inquiriere Mario cuando nos quedamos a solas.

— La verdad es que no lo sé — confieso — , aunque sospecho que algo tiene que ver que la arpía esté camino a los Estados Unidos.

— Creo que sospechas correctamente — admite Mario, antes de darle un último sorbo a la copa de vino — . ¿Tú también tienes ganas de regresar?

— No — admito, sorprendiéndome por la sinceridad de la respuesta.

— ¿No?

Yo sonrío, sin saber qué más decir.

— Me está gustando el viaje — murmuro, algo avergonzada — . Está resultando una experiencia agradable.

Puede que sea el vino, el calor de la posada o que una vez más, ambos estamos solos, pero otra vez tengo esa sensación de estar en el lugar correcto con la persona adecuada.

— ¿Te está gustando el viaje o... te estoy gustando yo? — pregunta Mario con tono jocosos, guiñándome un ojo.

Le propino un pequeño manotazo en el hombro mientras el rubor asciende hasta mis mejillas, delatándome.

— No seas presumido — respondo, frunciendo el ceño como si estuviera indignada — , no te sienta bien.

— Tienes razón — asegura — , te dejo lo de ser presumida a ti.

¿Cómo es posible que consiga desquiciarme tan fácilmente?

Le vuelvo a propinar otro manotazo juguetón y él finge morir de dolor ante mi golpe. Pongo los ojos en blanco e, incomoda por el momento, desvío la mirada por la estancia para evitar posarla en él. El comedor en el que nos encontramos es bonito y acogedor. Aunque la posada cuenta con calefacción, la chimenea también está encendida. Supongo que se trata de crear ambiente y dar al lugar un aspecto más hogareño. Y lo cierto es que lo consigue. Las mesas cuadradas están esparcidas por la estancia dejando el suficiente espacio entre sí como para que los comensales dispongan de intimidad. Además,

están decoradas con velas y un adorno otoñal de cerámica que simula ser una hoja caída de un árbol. El lugar es precioso, y además estamos a solas. Quizás sea esa la razón por la que vuelvo a sentirme tan extraña con Mario.

— No voy a comerte, Charlize Tremblay. No tienes de qué preocuparte.

Al final, vuelvo a mirarle.

No necesito un espejo para saber que estoy sonrojada.

— Está bien — admito, sintiéndome ridícula.

— ¿Quieres más vino?

Antes de que pueda responder, Mario ya me está rellenando la copa.

Aquí sentado, compartiendo una cena y charlando tranquilamente conmigo, parece mucho más moderno y cosmopolita que cuando le veo en la montaña. Tengo la sensación de que oculta muchas más facetas de las que muestra al exterior.

— Antes has dicho que no sabías lo que querías hacer con tu vida — me recuerda — . ¿A qué te referías? ¿Es que no te gusta este trabajo?

Suspiro hondo antes de responder.

— Este trabajo me lo ha dado Jack por ser quien soy; la amiga de su mujer. Pero, en realidad, creo que no es apropiado para mí. Jamás hubiese llegado a donde estoy por mis propios méritos. No se me da bien mandar a los demás... Ya sabes... Ser jefa no está hecho para mí.

— ¿Y qué se te da bien? — inquiriere con curiosidad.

Tengo que pararme a pensar en ello antes de responder.

— La verdad es que no lo sé... Nunca me había parado a pensarlo.

— Quizás sea porque aún no has encontrado tu sitio... tu lugar.

Mario me mira y tengo la sensación de que está intentando traspasar mi piel y echar un vistazo al interior de mi alma. Es como si quisiera entender cada parte de mí, y eso me asusta y me gusta por igual.

— Puede ser...

— ¿Y sabes dónde buscarlo?

Le miro fijamente.

Tiene la piel del rostro tersa aunque alguna pequeña arruga comienza a aflorar en la comisura de sus labios. Supongo que son arrugas de felicidad, de reírse, de ser natural. Me gusta cómo va vestido; como si la opinión de los demás fuera algo totalmente secundario. Lleva el pelo tan alborotado como el resto de los días y, aunque no se lo he preguntado, estoy convencida de que no tiene ni idea de cómo se enciende un secador.

— Puede — respondo, mientras la fugaz idea de quedarme en España se cruza por mi mente.

¿Y si mi lugar está aquí?

Sé que la sola idea de pensarlo es una locura pero, realmente, ¿qué es lo que me mantiene atada a Manhattan? Lindsay y Cora. Y la verdad es que ambas tienen sus propias vidas y son felices con lo que tienen. Las dos han encontrado su lugar. Las dos saben dónde y cómo quieren estar.

Mario posa una mano sobre mi brazo. Yo estoy fría y él está ardiendo. Como si estuviéramos hechos de hielo y de fuego. Como si fuéramos dos contrarios, dos polos opuestos.

— Algunas respuestas aparecen sin que nadie tenga que hacer la pregunta...  
— murmura.

Me muerdo el labio y me pregunto qué querrá decir con eso. Una vez más, vuelve a rodearnos esa maldita electricidad y vuelvo a arder en deseos de acercarme a él y volver a besarle. Puede que me derrita en sus brazos, pero no me importa quemarme. Quiero hacerlo; por primera vez en mucho tiempo, quiero arriesgarme a sentir. Y quiero que ese sentimiento sea real.

— Disculpen — dice la chica de la posada, interrumpiendo el momento — , vamos a cerrar la zona del comedor. Pueden pasar a la sala de estar común si quieren...

— No, no — salto, levantándome de la mesa — , será mejor que nos vayamos a la cama — señalo, sonriendo a la mujer — , la verdad es que no sabía lo tarde que era.

— Sí, tienes razón — admite Mario, levantándose junto a mí — . Buenas

noches.

— Buenas noches — respondo con la respiración acelerada y el corazón en un puño.

## 20

La siguiente localización es tan bonita o más que la anterior.

Es imposible no enamorarse de la montaña cuando en su interior se esconden lugares tan únicos y espectaculares.

El monte de Santa Tecla está repleto de restos de aldeas celtas. Aunque de muchas no queda nada más que una pequeña circunferencia rocosa, se puede intuir a la perfección cómo eran esas pequeñas casitas que tiempo atrás fueron habitadas por los celtas. Una vez Tom ha fotografiado la zona, dejamos atrás el castro y nos encaminamos hacia la cima.

Agradezco la ropa cómoda que he escogido para esta subida y me sorprende al comprobar que me importa poco — o más bien, nada — lo que Tom opine de mi vestimenta. Es más, así vestida, me siento apropiada y bien. Me siento genial.

Mario nos guía hasta una preciosa ermita de estilo románico del siglo XII. El día nos ha sorprendido con un sol esplendido, así que nos acercamos al borde del acantilado para contemplar mejor lo que la montaña nos brinda; la desembocadura del río Miño y, más allá, el país vecino de Portugal. El lugar es impresionante y la mañana se nos pasa en un suspiro.

Cuando descendemos, Tom está un poco más parlanchín y doy por hecho que su enfado va menguando a medida que pasa el tiempo. Eso, y que regresamos a casa, claro. Una última visita a Madrid y el avión de vuelta al mundo real nos estará esperando.

No puedo apartar la mirada de Mario cuando no me ve. Sé que no debería haberme encariñado con alguien que, casi con total seguridad, no volveré a coincidir nunca más. Una despedida, un adiós y todo lo que podría haber sido

y no ha sido se quedará suspendido en las cuerdas del tiempo. Así que lo mejor será ir concienciándome al respecto para que la desilusión sea la menor posible.

— Jefa — me llama Tom, acercándose a mí — , ¿quieres ver las fotos de las ubicaciones?

Asiento y él coloca la cámara frente a nosotros.

Mario, que va unos metros por delante de nosotros, también se detiene para esperarnos. Me doy cuenta de que clava su mirada en mí fijamente y no la aparta. Me esfuerzo por no distraerme y observar lo que Tom me está mostrando en la pantalla, pero me resulta imposible. No puedo evitar levantar la cabeza y comprobar que así sigue. Mirándome. Inspeccionándome. Como si intentara descifrar algo de mí que ni yo misma sé.

— ¿Qué te parecen?

— Son muy buenas, Tom. Seguro que nuestro cliente sale satisfecho de la reunión — aseguro, justo cuando Mario retoma el camino a la posada.

Tengo la sensación de que hemos firmado un pacto invisible para guardar las distancias. Es como si ambos hubiéramos comprendido que la relación no estaba avanzando por buen lugar y que, acercándose el final y la despedida, esto debería quedarse en el recuerdo fugaz de un acuerdo laboral. Al fin y al cabo, ¿desde hace cuánto tiempo nos conocemos? Tan solo han sido unos días, unas montañas y un poco de español. No hay nada más que nos una.

Subo a mi habitación y me dirijo inmediatamente a la ducha. Aunque el tiempo ha respetado nuestra salida, el suelo continuaba embarrado por las lluvias de la noche anterior y ha sido imposible no regresar pringada de arriba abajo. Además, me duelen todas las articulaciones por la caminata. Tengo que admitir que no estoy en absoluto acostumbrada a realizar ningún tipo de ejercicio, así que me digo a mi misma que una de las primeras cosas que haré nada más regresar de España será apuntarme en un gimnasio.

— Me vendrá bien ponerme en forma — murmuro en voz alta, convenciéndome.

¿Por qué estoy tan triste?

Por mucho que me esté esforzando por sonreír y por mucho que me diga a mí

misma que todo va bien, me siento mal. Cada vez peor.

Apago los grifos y alargo la mano en busca del albornoz hasta que comprendo que he debido de dejármelo en la habitación. Me escurro el pelo y dejo que mi cuerpo se seque libremente para no encharcar los suelos antes de salir de la ducha. Tiritando por el brusco cambio de temperatura, camino descalza por la fría baldosa y abro la puerta para salir al exterior.

— ¿Qué demonios haces...? — murmuro, plasmada.

Mario me repasa de hito a hito y, en ese instante, comprendo que estoy completamente desnuda.

— No tengo la fea costumbre de llamar a la puerta — dice, sonriendo con picardía.

— ¡Joder! — grito.

No pierdo más el tiempo y me escondo tras la puerta del baño. Sacando la cabeza, intento dar con el paradero de mi albornoz.

— ¿Buscas esto? — pregunta, alzándolo en alto.

Como cabía esperar, Mario parece muy divertido con la escena.

— ¡Dámelo!

— Sí, claro... — murmura, levantándose de mi cama y acercándose a la puerta — , pero antes quería comentar una cosa contigo...

Pongo los ojos en blanco, exasperada.

— ¿Qué?

Él se ríe.

— Me gustaría saber qué planes tienes.

— ¿Planes? — repito, perdiendo los papeles — ... ¿Puedes darme de una vez el maldito albornoz?

El sacude la cabeza en señal de negación.

— Ven a por él — me reta, muy divertido.

¡Esto es increíble!

¿Cómo diablos se puede ser tan insoportable y crío?

— ¡Mario, dame el albornoz ahora mismo!

— Pero no me has respondido a la pregunta... — insiste.

— ¿Qué pregunta?

— ¿Planes? ¿Tienes planes para hoy?

Suspiro hondo, procurando calmarme.

Hace un rato que la broma ha dejado de tener gracia y que ha comenzado a hervirme la sangre.

— ¡Maldito cavernícola! — grito, casi histérica — . ¡Dame el albornoz ahora mismo!

— Sal a por él... Al fin de cuentas, no voy a ver nada que no haya visto ya — dice, desquiciándome por completo.

“Muy gracioso”, pienso, intentando mantener la calma y no perder los papeles.

Al final, refunfuñando, salgo de detrás de la puerta y camino hasta él con rapidez antes de arrancarle el albornoz de las manos y taparme. Mario sonrío, satisfecho y divertido.

— ¡Sal! — grito de malhumor — . ¡FUERA!

Mario suelta una divertida carcajada antes de darme la espalda para dirigirse a la puerta de mi habitación.

— ¡Te veo a las ocho! — anuncia, justo antes de abandonar la estancia.

— Maldito idiota... — susurro malhumorada mientras aprieto los puños, rabiosa.

# 21

Mario me está esperando en el rellano de la posada.

Aunque hace rato que he terminado de prepararme, me he pasado los últimos veinte minutos mirando las musarañas y tumbada en la cama esperando a que el tiempo corriese con rapidez.

— Llegas tarde — me recrimina con los brazos en jarras.

— Lo sé — aseguro, sonriente.

No es que sea una venganza despiadada, pero me imagino lo mal que lo habrá pasado mientras sopesaba si le daría plantón o al final aparecería.

— ¿A dónde vamos? — pregunto, mientras ambos salimos del edificio y nos encaminamos hacia el coche.

Mario sonrío.

Tiene una de esas sonrisas capaces de robarte la respiración. Sí, puede que no sea guapo como lo es Tom, pero cuánto más tiempo paso con él, más comprendo que su belleza radica en la naturalidad de sus gestos. Me gusta ver cómo frunce el ceño, o como se ríe malvadamente, o cuando se torna serio. Otras veces achina los ojos, estudiándome, y cuando tiene un momento tierno sonrío de tal manera que se le forman miles de arrugas alrededor de los ojos. Y sólo he necesitado unos días a su lado para ver todo eso. Para conocerle. En cambio, llevo trabajando con Tom muchísimos años y poco puedo decir de él. Muy poco.

— Ya lo verás — me dice, jocosamente — . Lo único que te adelanto es que vamos a hacer algo muy gallego.

— ¿Muy gallego?

Él se ríe y me guiña un ojo.

Supongo que no sabré nada más hasta llegar al destino.

Nos subimos al coche y Mario bromea preguntándome si esta vez necesitará hacer uso de la música heavy metalera. Yo le respondo que, indudablemente, no será necesario.

Es más, sospecho que mi trance de sueños eróticos con Tom ha llegado a su fin. De algún modo, sin entender muy bien por qué, he dejado de verle tan atractivo como siempre. Puede que sea por este viaje, por su relación con Sherlyn o... no lo sé.

Mario detiene el coche y ambos nos bajamos. Estamos en un parking que accede por un sendero hasta una playa. Según puedo leer, es la playa de “O Muiño”.

— ¿Vamos a la playa? — pregunto, apretándome la chaqueta — . ¡No pienso meterme al agua!

Mario me lanza una mirada asesina.

— No será necesario meterse al agua, tan solo observar — asegura, tirando de mi brazo para que acelere el paso.

Por el sendero, accedemos a un precioso paseo de madera. El camino parece no tener fin a ambos lados y, frente a nosotros la playita con forma de concha se extiende con su arena fina y blanquecina y sus aguas salvajes y enfadadas. A pocos metros de la orilla se puede divisar un fuerte que flota en mitad del mar, soportando los golpes de la marea y el fuerte oleaje que intenta engullirlo al fondo de las profundas aguas.

— ¿Es bonito, verdad? — inquiera Mario.

Aquí, junto al mar, la brisa marina hace que las temperaturas caigan aún más. Me aprieto con más fuerza la chaqueta y asiento. La verdad es que es precioso.

Mario se acerca a mí y, sin que comprenda muy bien que hace, pasa un brazo por mi hombro y me estrecha contra él. Inconscientemente, me aparto.

— ¿Estamos con las mismas de siempre? — pregunta con tono amable y cariñoso, como si mi rechazo no le hubiese sentado mal — . Te lo tengo dicho, Charlize, el calor humano es más poderoso que una estufa... y tú

tienes los labios morados.

Incapaz de no sonreír, me acerco a él y acepto que me proteja con sus brazos. Sé que debería sentirme incómoda, pero lo curioso es que me gusta que paseemos así. Me gusta mucho, y eso es preocupante.

— ¿Y ahora?

— Ahora seguimos paseando — me dice, mirando hacia el mar.

Caminamos en silencio.

Se escucha el vaivén de las olas de fondo y el graznar de alguna gaviota que acecha la orilla. El viento continúa silbando, pero sopla con la suficiente suavidad como para permitirnos disfrutar del momento. Mientras caminamos por encima de las tablas de madera, rodeados de vegetación en ese enclave tan maravilloso, pienso que este será, seguramente, el último momento que comparto con Mario antes de regresar a Manhattan.

— Espero que tengas un bonito recuerdo de las montañas — me dice, como si pudiera adivinar mis pensamientos.

Yo no respondo.

No sé porqué, un nudo se forma en mi garganta y tengo que contener las ganas de echarme a llorar. Bueno, en realidad, sí sé porqué. Me he encariñado más de lo que debía y eso pasa factura.

Unos minutos después, Mario se detiene junto a un puesto de ambulante. Una señora mayor, con gorro, guantes y un chal que parece tejido a mano, nos saluda con su rostro repleto de arrugas y sabiduría.

— Dos paquetes — le pide con amabilidad.

La mujer asiente y comienza a preparar algo en su carrito.

— ¿Qué es? — inquiero, curiosa.

— Son castañas asadas — explica —. No comerás unas castañas asadas mejor que las de Galicia — asegura.

— ¿También tienes orgullo gallego? — pregunto, risueña.

Él me guiña un ojo.

— Tengo familia en todas partes — asegura.

Mario paga generosamente ambos paquetitos y retomamos el camino de vuelta hacia el parking. La calidez que liberan hace que mis manos entren simultáneamente en calor, aunque me apena que Mario ya no me abrece y concentre su atención en las castañas.

Antes de subirnos al coche, echamos un último vistazo al paisaje que nos rodea y ese maldito nudo de mi garganta se acentúa aún más.

— ¿Por qué me has traído aquí?

Nuestro alrededor se ha oscurecido casi totalmente y observo a Mario entre las sombras.

— Quería que tuvieras un recuerdo más de mi país — responde, mordiéndose el labio como si estuviera conteniéndose de decir algo más.

— ¿Sólo eso? — pregunto, esperanzada.

“Dilo”, pienso para mí misma.

Pero Mario asiente con la cabeza y, restándole importancia al instante que estamos viviendo, se sube al coche. Decepcionada, le imito.

El camino de vuelta lo hacemos en silencio y cuando llegamos a la posada, ambos nos sorprendemos sin saber qué más añadir al día.

— Buenas noches, Mario... — murmuro, con una sonrisa nostálgica en el rostro.

— Buenas noches, Charlize — responde con complicidad.

## 22

He pasado las horas de la noche contando segundos y rezando porque la puerta se abriera y él irrumpiera en la habitación. Lo curioso es que no deseaba a Tom, si no a Mario. Pero cuando he cerrado los ojos tampoco he soñado con él. Quería que fuera real, que él viniera a mí. Que me dijera que él también podía sentir “eso tan especial” que se había formado entre nosotros.

Pero no ha sido así, claro.

Desvío la mirada hacia el reloj de la mesilla de la posada y suspiro al comprobar que ya son las seis y cuarto. No he dormido nada, aunque supongo que ahora que me he sacado a Tom “el guapo” de la cabeza podré permitirme echar una cabezadita en el avión para que las tantísimas horas de viaje se me hagan un poco más amenas.

Me arrastro por la cama, dejando atrás el calor de las sábanas, y me dirijo a la ducha. Espero a que el agua caliente fluya antes de introducirme en el interior y me quedo ahí dentro bastante más de lo habitual. Después me permito secarme el pelo con calma y me visto. Nada del otro mundo; unos jeans, un jersey cómodo y unas deportivas. Estoy a punto de meter mi par de calcetines de repuesto en el bolso cuando, de pronto, el queso de Cabrales aparece en mi cabeza. Sonríe estúpidamente y decido en ese instante que no los llevaré. Al fin y al cabo, uno termina acostumbrándose a desayunar queso de Cabrales, ¿no?

A las siete desciendo las escaleras hasta el comedor de la posada. Me sorprende comprobar que no estoy sola; Mario también ha bajado antes de tiempo. Le sonrío desde la lejanía y él me devuelve el gesto.

— ¡Qué madrugadora, Charlize Tremblay! — exclama, mientras tomo asiento junto a él en la mesa.

— No podía dormir — admito.

— La verdad es que yo tampoco.

Es extraño.

Saber que hoy será el último día que le vea es muy extraño. De algún modo, me he acostumbrado a su presencia y a sus comentarios inapropiados.

— ¿Tienes ganas de volver a tu país?

Sé cuál debería ser la respuesta común: “sí”.

— No — escupo sin pensarlo.

Mario pestañea con los ojos abiertos.

— ¿No?

La verdad es que parece sorprendido.

— En realidad, me gustaría pasar unos cuantos días más aquí — añado, procurando no darle importancia al comentario.

Asiente, pensativo, y la conversación termina suspendida en el aire mientras la camarera de la posada nos llena los vasos de zumo y las tazas de café. Desde el comedor, se puede escuchar el sonido del granizo golpeando las tejas y los cristales de la casa con fuerza. Como he descubierto que es habitual en el norte de España, el clima no da tregua y supongo que el viaje hasta Madrid será movidito. Tom baja a desayunar poco después con su ordenador portátil y un disco externo en la mano. Se ha pasado la noche organizando las fotos y las localizaciones hasta montar el proyecto, así que está casi listo. Observo boquiabierta cómo ha reorganizado las diapositivas para dar continuidad a cada una de ellas y me sorprende el buen resultado que ha logrado.

— Buen trabajo, Tom — le felicito, totalmente sorprendida.

Él asiente y noto que hoy está de un poco mejor humor que el día anterior.

— Aunque tengo que admitir — añade, mirándome a mí — , que el trabajo

ya lo había empezado Sherlyn antes de marcharse.

No sé qué pretende con ese comentario, pero la verdad es que espero no volver a ver a esa arpía en lo que me resta de vida. Tendré que hablar con Lindsay y con Jack para que la despidan, porque no soportaré verla merodeando por mi departamento mientras le cuenta a todo el mundo que tuve un sueño con Tom “el guapo” y me convierte en la comidilla de la oficina. Ese último comentario vuelve a recordarme que en el avión sí que soñé con Tom. Y también vuelve a recordarme que él tampoco es trigo limpio si se lo contó a Sherlyn para reírse un rato de mí.

En fin, ya pensaré qué hacer con él. Por ahora tengo otras prioridades.

— Iré a por el coche — dice Mario, levantándose de la mesa — . Vamos a aprovechar que hemos madrugado para salir con tiempo — añade, alejándose de nosotros.

No me da tiempo a contestar.

— Nuestro avión no sale hasta las nueve de la noche — anuncia Tom, revisando su teléfono móvil con curiosidad.

¡Ah, claro!

Hemos dejado Bulnes atrás, así que supongo que en el resto del mundo tendremos cobertura. Me levanto con intenciones de hacer el “check out” mientras busco mi teléfono móvil en el bolso. Tengo que admitir que en este entorno tan rural prácticamente me había olvidado de que las tecnologías existían. Y como no, el aparatito echa fuego. Desde que he llegado a España ha estado apagado o fuera de cobertura, así que la bandeja de correos está hasta arriba, tengo mil mensajes por responder y otras mil amenazas de Cora donde me exige fotos del viaje. Sonrío como una tonta mientras repaso el sinfín de despropósitos que me ha enviando y me dispongo a responderle que “no he sacado ninguna foto personal” cuando Mario irrumpe en la posada de vuelta.

— El coche está listo — me dice, guiñándome un ojo con buen humor.

— ¡Espera, ven! — exclamo, acercándome a él con el teléfono en la mano — . ¡Sonríe!

Mario frunce el ceño.

— ¿Una foto? — pregunta con recelo.

— ¡Venga, por favor! — insisto, propinándole un golpe juguetón en el hombro.

Al final, me estrecha entre sus brazos, riéndose, y me quita el teléfono para sacar la foto. Ambos sonreímos a la cámara y el momento queda capturado. Cuando Mario se dispone a devolverme el teléfono, nos volvemos a quedar mirándonos y vuelvo a sentir esa corriente de electricidad magnética que nos envuelve cuando estamos juntos. Él también tiene que sentirlo, estoy segura. Me mira, le miro. No dice nada, pero no hace falta.

— Te voy a echar de menos — admito en un susurro mientras siento como mis ojos se empañan ligeramente.

¡Genial!

¿Ahora voy a ponerme a llorar?

Él acaricia con dulzura mi mejilla.

— Solo si tú quieres — responde.

— ¡Jefa! — grita Tom, e instintivamente Mario aparta la mano de mi rostro — . ¡Ya he bajado las maletas! ¿Estamos listos?

Supongo que sí.

Con pesar, asiento y cojo mis dos equipajes antes de dirigirme hacia el coche para comenzar nuestro viaje de regreso a casa.

En el viaje, aprovecho para responder algunos emails y contestar los mensajes de Cora. Le envío la foto con Mario y le pregunto a ver qué tal le va todo con su novio. Me responde con rapidez; “todo bien. Estamos pasando unos días en la casita del lago con su hija Tiffany. ¿Quién es ese bombón español?”. Sonrío tontamente antes de responder; “sólo un amigo. Nada más”.

Tengo algún mensaje de Lindsay en el que me pregunta qué tal va todo y muchos otros correos que ha reenviado tanto a Cora como a mí con algunas de las fotos de Cartagena de Indias. Por lo que puedo ver, se lo está pasando en grande y está disfrutando de su luna de miel, así que decido que no le molestaré con tonterías del trabajo y de Sherlyn hasta que ambos estén de vuelta. Voy pasando las fotos de una en una, ojeándolas. Jack y Lindsay

tomándose un cóctel y bebiendo mojitos. Paseando por la playa y paseando por la ciudad. Cenando en restaurantes...

— Parece que se lo están pasando bien — señala Mario, que ha apartado un momento los ojos de la carretera.

— ¡Eh, no me fisgues! — bromeo, guiñándole un ojo — . Sí, parece que lo están pasando muy bien. Oye, ¿por qué me dijiste que no sabías quién era Jack?

— Me hablabas de él como un Dios — apunta — , y él Jack que yo conozco no se parece al que tú conoces.

— ¿Ah, no? — inquiero, curiosa.

Mario sacude la cabeza con convicción.

— Se dedicaba a lanzar gatos a las ovejas del prado.

— ¿Gatos? — repito, consternada.

— Gatos con las uñas afiladas — puntualiza, justo antes de que yo salte en carcajadas.

— A Jack también le gusta la montaña. Su familia y él siempre han estado muy unidos a la mía — me cuenta con una sonrisa — , y en los años que viví allí me cuidó como a un hermano.

Me doy cuenta en ese momento de que Mario adora al marido de mi amiga. Pienso que quizás esa unión haga que algún día mi camino y el de él vuelvan a cruzarse. Quizás.

Al final, el sonido de las ruedas deslizándose contra el asfalto consigue hacer que mis sentidos se vayan adormeciendo. La verdad es que he pasado la noche en vela y eso no ayuda en absoluto a que ahora logre mantenerme despierta. Pero quiero hacerlo. Quiero seguir hablando con Mario un ratito más. Aprovechar estos últimos instantes a su lado antes de que sea demasiado tarde.

Los párpados me pesan. Miro fijamente cómo las gotas de lluvia salpican incansablemente la luna delantera y cómo los limpiaparabrisas trabajan a gran velocidad, arrastrándolas de un lado a otro para mantener el campo de visión

despejado. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. El movimiento es totalmente hipnótico y adormecedor. Pero quiero estar despierta, quiero hablar con Mario un ratito más.

— Mario... cuéntame algo...

Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Las gotas caen y ellos las arrastran. El runrún de la carretera es arrollador y tranquilizador...

¡Mierda!

¡Me he quedado dormida!

Cuando me despierto, Tom duerme en el asiento de atrás y Mario conduce concentrado. No sé muy bien dónde estamos ni cuánto tiempo ha pasado, pero el sol brilla en el alto del cielo — lo que resulta muy desconcertante teniendo en cuenta que antes de dormirme llovía y granizaba — .

— Aquí está la bella durmiente — bromea Mario con una sonrisa.

— ¿Dónde estamos? — inquiero, fijándome en los altos rascacielos que se ven al fondo.

— Estamos llegando al aeropuerto — me dice con naturalidad, aunque puedo percibir el pesar en su tono de voz — . Íbamos a parar para comer, pero te hemos visto tan a gusto que nos ha dado pena.

Giro la mirada hacia detrás y verifico que sí, Tom está dormido.

— Acaba de caer frito. Pero se ha pasado todo el viaje parlotando sin parar sobre la arpía y lo indignante que resulta que ella haya tenido que regresar antes de tiempo.

— ¿De verdad? — pregunto.

Mario asiente.

Entonces comprendo que, una vez más... ¡¡Me he dormido!!

No necesito decir nada porque el montañés detecta el terror que desprende mi mirada y es capaz de deducir en qué estoy pensando.

— No te preocupes — me tranquiliza — , la música heavy es capaz de amortiguar tus gemidos.

— ¡NO! — exclamo, horrorizada, tapándome el rostro con ambas manos.

— Es broma, es broma... — se ríe Mario.

Incapaz de contenerme, le propino un golpe en el hombro.

¡Por Dios Santo! ¡Casi me da un infarto cuando ha dicho eso!

— ¿Sabes que voy a llegar a casa con el hombro lleno de moretones, verdad?

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza.

— Ni siquiera los sientes, no seas mentiroso.

Mario marca el intermitente y me indica con una seña que ya estamos en el aeropuerto. El reloj del salpicadero que chiva que son las siete de la tarde, así que aún tenemos varias horas para embarcar. Tenemos que sacar los billetes, facturar las maletas y esperar pacientemente. Sin Mario. Ha llegado el momento de la despedida.

— Bueno, pues ya estamos aquí — me dice, deteniendo el coche en las líneas amarillas de carga y descarga.

Doy por hecho que no tiene pensado acompañarnos hasta el interior del aeropuerto, lo que hace que un malestar incómodo remueva mis entrañas.

Tom se despierta. Pregunta si ya hemos llegado y se apresura a pisar tierra firme con rapidez. Mario y yo nos tomamos nuestro tiempo para salir del coche.

— Ha llegado la hora del adiós, ¿eh?

Mario asiente.

— Mi güela tiene razón — susurra muy cerca de mi oreja — . Eres una buena mujer. Olvídate de los idiotas y busca a alguien decente — murmura — , y sonríe, Charlyze Tremblay. Sonríe mucho.

Aprieto los puños, confusa y triste.

Otra vez se me están encharcando los ojos, ¡maldita sea!

¿Por qué diantres me he vuelto tan emotiva con el paso de los años?

— Lo haré — aseguro, acercándome a él para besarle la mejilla — . Adiós, Mario a secas.

— Mario de Haro — dice, guiñándome un ojo.

— Bonito nombre — señalo, bajándome del coche para no alargar el instante.

Sé que si me quedo con él un segundo más, terminaré llorando como una magdalena.

Tom se ha encargado de bajar mis maletas y me está esperando de forma impaciente en la acera.

— ¡Charlize! — grita Mario — , ¡tengo algo para ti!

Me acerco a la ventanilla del coche.

— ¿Qué es?

Él me entrega un paquete y sonrío de forma cariñosa y juguetona. No necesito desenvolverlo para saber de qué se trata, pues el olor delata su contenido.

— Queso de Cabrales.

Mario asiente, risueño.

— Mételo en la maleta para que no te lo quiten en los controles — me explica — . ¡Buen viaje! — añade, justo antes de que Tom tire de mi brazo para que me apresure.

Mientras nos alejamos a la entrada del aeropuerto, me giro y veo que Mario aún sigue ahí aparcado. Sé que esta será la última imagen que tengo de él, así que sacudo la mano en señal de despedida y espero que él me devuelva el gesto. Lo hace.

“Mario de Haro”, pienso con tristeza.

Al parecer, mi aventura en España ha llegado a su final.

## 23

Comienza el despegue.

Siempre se me olvida lo horrible que es volar hasta que me subo al avión y las ruedas se ponen en marcha. Después viene lo peor, el momento en el que se separan del suelo y el avión comienza a elevarse paulatinamente. En ese instante, mi mente tiene los pensamientos más lúgubres y se convence de que un maldito buitre se tropezará con nosotros en pleno vuelo, se meterá dentro del motor del avión, terminará hecho picadillo. Nosotros, para variar, terminaremos cayendo en picado con un ala en llamas y las mascarillas del oxígeno sobre nuestras cabezas, colgando.

— Tranquila, jefa — murmura Tom — , solo será un momento — asegura.

Coloca la mano sobre mi brazo de forma tranquilizadora, tal y como hizo a la ida. Yo aprieto con fuerza los reposabrazos mientras rezo porque el maldito aparato no se estrelle. “Aún me queda mucho por vivir”, pienso, cerrando los ojos con fuerza.

Unos minutos después, la sensación de mariposas que se me forma en el estómago siempre que ascendemos o descendemos desaparece y sé que por fin nos hemos estabilizado en el aire. Abro los ojos, libero a los pobres reposabrazos y respiro, un poco aliviada. Hasta que no aterricemos en casa no terminaré de estar en paz, pero al menos me siento más tranquila.

Tom suelta una ligera risita y yo me giro hasta él.

— Te has puesto roja, jefa — asegura, señalando mi rostro.

Le devuelvo otra sonrisa, encogiéndome de hombros, mientras inconscientemente la imagen de Mario despidiéndose de mí desde el coche llega a mi mente. Y eso me hace pensar que en este viaje a España he

encontrado mucho más de lo que habría podido esperar. No sólo he sacado el recuerdo del fantasma de Dexter de mi cabeza, si no que me he encontrado a mí misma de forma que, en cualquier otro lugar, jamás lo habría hecho. Ahora no reniego de mis pies de queso, ni mi maraña rubia despeinada. Sé que no soy alta, que no tengo las piernas largas y estilizadas y que quizás, por temporadas, esté más gordita. Pero, ¿acaso no es lo natural? Mi cuerpo cambia de la misma forma que mi “yo interior” se va transformando. No es que tenga defectos. Son imperfecciones que hacen que mi identidad cobre sentido. Imperfecciones que me convierten en Charlize.

Sin querer, sonrío. Me gusta pensar que, quizás, España me haya transformado en una Charlize más independiente y natural.

— Jefa... — murmura Tom, llamando mi atención — . ¿Puedo hablar contigo de algo importante?

No sé por qué, no necesito que diga más para saber por dónde irá la conversación.

— Si vas a decirme que mandar de vuelta a Sherlyn ha sido demasiado castigo, puedes ahorrar...

— No — me interrumpe, sonriendo — , en realidad, no tiene nada que ver con Sherlyn. Bueno, puede que un poco sí.

¿De verdad va a contarme que están liados?

— ¿Qué ocurre? — pregunto, pensando para mí misma que en realidad me importa muy poco.

Suspiro hondo armándome de paciencia. Desde luego, voy a necesitarla para soportar lo que el guaperas está a punto de decirme.

— En realidad, no sé muy bien cómo empezar... — dice, pensativo — , creo que la mejor manera es disculpándome contigo.

— ¿Conmigo? — pregunto, sorprendida.

Tom coloca su mano sobre la mía.

Aunque siento deseos de arrancarla de un tirón, me contengo.

— Sí, contigo. En realidad, creo que ha habido un malentendido y no sé muy

bien cómo aclararlo... Verás, Sherlyn y yo somos amigos.

— Lo sé — aseguro.

— Bueno, en realidad, somos muy amigos — aclara, mientras mi paciencia se va agotando lentamente. Lo último que me apetece es hablar de Sherlyn mientras volamos de vuelta a casa y tengo que decidir qué hacer con ella — . Por eso le conté que mientras volábamos a Madrid soñaste conmigo... O al menos eso creí, porque decías mi nombre.

¡Oh, no! ¡Esto no me gusta!

Un rubor asciende hasta mis mejillas y siento cómo el rostro comienza a arderme. No esperaba que la conversación se desviase hasta ese punto, así que trago saliva y procuro guardar la compostura.

— Se lo conté porque quería que me aconsejase sobre cómo actuar porque... Yo... En realidad...

Tom hace una pausa.

Levanta su mano de la mía y la eleva hasta mi rostro. Se acerca más a mí, tan solo unos centímetros, pero está lo suficientemente cerca para que mi imaginación vuelva a descontrolarse.

— Llevo tiempo queriendo hacer algo inapropiado — continúa, mirándome fijamente — . No creía que fuera capaz de hacerlo porque sé que está totalmente fuera de lugar pero...

“No pienses mal”, me digo a mí misma.

Por experiencia, debo controlarme. He imaginando cosas que no son en demasiadas ocasiones. Tom me toca el rostro. Está cerca de mí. Mi corazón se acelera y por mucho que me repita que no saque conclusiones, algo en mi interior me dice que de un momento a otro acabará besándome. Aquí. En mitad del avión.

— Le pedí consejo a Sherlyn sobre si debía de dar el paso o no... — dice, justo antes de presionar sus labios contra los míos.

Los labios de Tom.

Necesito varios segundos para comprender que Tom “el guapo” me está besando. A mí. Había soñado tantas veces con este momento que casi me

parece surrealista. Tom acaricia mi cuello mientras noto que su lengua intenta hacerse paso a mi interior. Abro la boca, dejándole pasar y recorriendo con la mía su paladar. Me dejo llevar por el momento y cierro los ojos para olvidar que hay un centenar de pasajeros a nuestro alrededor. Tom también se deja llevar hasta que, unos instantes después, se aparta.

“Vale, ya está”, pienso. Tom “el guapo” me ha besado y creo que... ¿Se me ha declarado? Es todo demasiado confuso. Bueno, en realidad, todo no. Hay una cosa que por fin tengo muy clara.

Tom sonrío y yo le devuelvo la sonrisa.  
Después nos quedamos callados.

Muy callados.

# 24

El avión comienza a descender.

Esta es la segunda parte que más miedo suele darme de volar, pero estoy tranquila. Demasiado tranquila, quizás.

Tom me sujeta la mano de forma cariñosa y tranquilizadora, pero tengo la sensación de que él también presiente que esta vez no necesito ánimos. Cierro los ojos mientras las azafatas dicen por el auricular que en los próximos minutos aterrizaremos en el aeropuerto y que debemos mantener los cinturones de seguridad abrochados. Pienso que cuando toquemos tierra, tendré que escribir a Lindsay y a Cora para ponerles al día de todo.

— Oye, Tom... — murmuro en voz baja, procurando concentrarme en mi respiración para no volver a alterarme.

Al fin y al cabo, la siguiente vez que vuele tendré que estar sola.

— Dime, jefa.

Su voz suena más cariñosa y melosa de lo normal.

— ¿Por qué tu madre tiene tanto miedo a volar?

Tom se encoge de hombros.

— Dice que no se fía de estos aparatos.

— Ya veo... — respondo, justo cuando el avión golpea el suelo con sus ruedas.

Algunos pasajeros sueltan un gritito y, después, el golpe se repite hasta que

terminamos deslizándonos por el suelo. Ya está. Ya ha pasado.

— Dile de mi parte que pruebe a tomarse un somnífero — murmuro, antes de que las azafatas comiencen a decir por los altavoces que ya hemos aterrizado y que la puerta de descenso será la delantera.

— Sí, claro — me responde, algo confuso.

— Hasta luego, Tom.

Él me mira boquiabierto, como si me hubiera vuelto loca, y yo echo a correr hacia la parte delantera con mi bolso bien sujeto bajo mi brazo. Escucho que Tom me grita algo, creo que me intenta hacer ver que me he olvidado mi equipaje de mano en el compartimento. Pero no me importa. Necesito bajarme del avión.

Gracias a Dios, este aeropuerto sí que lo conozco muy bien. Me salto la sala de cintas en la que salen las maletas facturadas y continúo con paso acelerado hacia los mostradores. Mientras tanto, saco mi teléfono móvil y le escribo a Lindsay y a Jack un mensaje; “no quiero estropearos la luna de miel pero... dimito. Lo siento y os quiero”.

La mujer de recepción se queda mirándome fijamente.

— ¿Qué desea?

— Quiero un billete de avión para España.

La mujer teclea en el ordenador y yo aprovecho para escribirle a Cora; “No voy a dejar escapar al bombón”. Pulso la tecla de enviar y levanto la cabeza.

— ¿A qué parte?

— A Asturias — señalo con un cosquilleo recorriendo mi vientre.

— Tendrá que hacer escala de una hora en el aeropuerto de Madrid antes de volar a Asturias.

Yo asiento con la cabeza de forma automática.

— ¿Va a facturar equipaje?

— No — murmuro, cada vez más impaciente.

— ¿Lleva equipaje de mano?

Vuelvo a sacudir la cabeza en señal negativa y levanto mi bolso para que la mujer pueda verlo.

— Esto es todo lo que necesito.

— ¿Necesita viaje de vuelta?

— No.

La mujer sonrío, aunque evidentemente debe de estar pensando que soy una chica muy extraña. No me importa. En realidad, puede que lo sea.

— Buen vuelo — dice, entregándome el billete.

Esta vez vuelo sola.

Me da miedo, pero no estoy tan asustada como estuve la primera vez. Además, aprovecho el trayecto para dormir y descansar todo lo que pueda antes de aterrizar en Madrid. Ya no me importa con qué pueda soñar o quién pueda escuchar mis sueños.

A mi lado, un señor mayor que viaja con su nieta de ocho años me mira de reojo.

— ¿No huele un poco raro? — me pregunta, frunciendo el ceño y olisqueando a mi alrededor.

Instantáneamente, pienso que está hablando de mis pies. Pero después recuerdo el queso que Mario me ha dado y que llevo en el bolso y una sonrisa aflora en mis labios.

— Es un queso de Cabrales — señalo con una sonrisa.

El hombre me mira mal y después se gira hacia su nieta, sin responder. Tengo que aguantarme para no saltar en carcajadas.

En Madrid la espera se me hace eterna. Solo es una hora de escala, pero la tortura volverá a empezar. Otro avión, otro aterrizaje y muchos nervios. Pero me entretengo mordisqueando mi cuña de queso con una sonrisa tonta y mis pies malolientes apoyados sobre una silla.

Al final, el martirio transcurre mucho más rápido de lo que pensaba y mientras me pregunto qué pensará Tom, o Lindsay o Cora, el taxista que he cogido en Ranón ya me ha traído hasta el funicular.

— Hay mucha nieve — me advierte — , no sé si estará abierto.

— ¡No importa! — grito, lanzándole un billete y echando a correr hacia el túnel de entrada.

El funicular funciona.

Esta vez me subo en él sin maletas ni cachivaches. Me siento junto a la cristalera y me sujeto mientras la cabina asciende recorriendo el interior de la montaña. Tengo un cosquilleo en el estómago. Pero un cosquilleo bueno; de esos que se forman cuando uno se siente feliz y nervioso simultáneamente.

El frío helador de Bulnes me da la bienvenida. Sonrío al observar la carretera repleta de nieve por la que tendré que desplazarme hasta llegar a la casita del puente. Mis pies tampoco tardan en congelarse y calarse y cinco minutos después de echar a caminar no siento las manos ni la punta de la nariz. El viento sopla con fuerza, así que me abrigo la chaqueta y me aprieto con todas las fuerzas el jersey.

Cuando llego hasta la casa de la abuela de Mario estoy totalmente destemplada y tiritando como una loca. Toco el timbre, pero no funciona. Golpeo la puerta y no responde nadie.

Al final, con una sonrisa en la boca, comprendo que en Bulnes tienen la mala costumbre de entrar sin llamar antes. El calor familiar del hogar y el olor a leña quemada me dan la bienvenida. La abuela de Mario me ve y sonrío. Está en los fogones, con su delantal y su cuchara de madera.

— ¡Pasa *dientro*, *muyer*! — grita la mujer con felicidad.

Y entonces Mario se gira hacia su abuela. O mejor dicho, hacia su *güela*. No he entendido ni una palabra de lo que me ha dicho, pero viendo su rostro de felicidad supongo que es una bienvenida calurosa, así que cierro la puerta y camino unos pasos al frente.

Mario me ve.

— ¿Qué demonios haces... aquí? — pregunta, petrificado.

Yo sonrío estúpidamente.

— Creo que me he enamorado del queso de Cabrales... — digo, un poco vacilante, mientras me acerco a él — , y que he terminado encontrando mi lugar — concluyo.

El me estrecha con fuerza entre sus brazos, riéndose como un loco. Como un loco feliz.

— Entonces bienvenida a casa, Charlize Tremblay — susurra en mi oreja, justo antes de besarme.

Sus labios presionan los míos y a pesar del frío, todo lo que puedo sentir es calor.

Mucho calor.

## 25

# Unos años después

Dicen que las mejores amistades no se rompen por muchos años que pasen o por mucha distancia que se ponga entre ella. Y así son las cosas cuando hablamos de “Los ángeles de Charlie”.

— ¡Esto es maravilloso! — grita Cora, encantada, mientras se protege la barriga con ambas manos.

Sabía que nada más verlo, mi amiga pelirroja se enamoraría de Bulnes. Quizás sea por la montaña, por el funicular, por los parajes desconocidos y naturales o simplemente por las ganas locas que ella siempre tiene de vivir aventuras. Héctor se ríe tontamente mientras sujeta a Cora por la espalda, solo por si acaso. Desde que se quedó embarazada, el policía ha pasado a ser extremadamente protector con ella.

— ¿Puedes dejar de rodearme de esa manera? — le recrimina — . ¡Que estoy embarazada! ¡No inválida!

— Ya empiezan otra vez... — murmura Tiffany, la hijastra de Cora, poniendo los ojos en blanco.

Yo sonrío al comprobar que algunas cosas no cambian nunca.

Puede que Cora y Héctor no sean perfectos y que se pasen el día tirándose puñales a la cabeza. Pero se quieren. Y uno tendría que estar ciego para no verlo desde la otra punta del mundo.

Lindsay y Jack también están aquí, junto a los fogones. Al parecer, Jack ya conocía a la güela de Mario, así que está aprovechando para pasar tiempo con

ella y la están ayudando en la cocina.

Sonrío al ver a todas las personas que quiero unidas en un mismo lugar. Bueno, todas no. Falta Mario, que justo en ese momento cruza la puerta con sus botas de monte y su chaqueta del Yeti de la Montaña. Se la compré las navidades pasadas y desde entonces no se la quita nunca.

— ¿Qué tal ha ido?

Él me guiña un ojo y me sonrío para indicarme que todo ha salido bien. Después, se abalanza sobre Jack y ambos se golpean de forma amistosa. Son dos salvajes, claro. Aunque a Jack Ackerman le pega muy poco comportarse de esa manera tan brusca y quitarse el traje de Armani. Después saluda a Héctor y luego a las chicas.

Desde hace casi un año, Mario y yo somos guías de senderismo y escalada en los Picos de Europa. Nos hemos recorrido cada esquina de la montaña y, a decir verdad, desde que abrimos el negocio jamás nos ha faltado trabajo ni gente.

Por muy extraño que suene, esto me gusta mucho más que dirigir una oficina y mis años pasados en el minúsculo apartamento de Manhattan han quedado atrás.

Claro que echo de menos cosas de la ciudad pero... ahora mismo, tengo todo lo que quiero y más.

— ¿Brindamos? — grita Jack, alzando una copa en alto — . ¡Por la amistad!

Todos alzamos nuestras copas de vino en alto — excepto la de Cora, que está repleta de mosto — y gritamos al unísono.

— ¡POR LA AMISTAD!

**FIN**

# NOTA DEL AUTOR

Querido lector, espero que hayas divertido con las locas aventuras de Lindsay, Charlize y Cora.

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

## SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

# OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

-  Seré solo para ti  
Solo tuya
-  Besos de carmín
-  Mi último recuerdo
-  Escribiéndole un verano a Sofía
-  Nosotras
-  Secretos 1, 2 y 3
-  Saga “Una noche”:  
Una noche Dorada  
Una noche Contigo  
Una noche Nuestra  
Una noche Perfecta
-  Una cosa de locos
-  Yo no soy tu vampiresa  
Yo soy tu vampiresa
-  Nuestros días
-  La chica que se llamaba como un cometa
-  Un “te quiero” por Navidad

- ↗ Mi protector  
Su protegida
- ↗ Ave Fénix
- ↗ Donde nacen las estrellas
- ↗ Una guerra del pasado
- ↗ Olivia y su caos
- ↗ Siempre Contigo
- ↗ Un hombre de negocios
- ↗ Isla de Plata
- ↗ ¡Lo que tú digas!  
¡Cómo tú quieras!

